

VITA BREVIS

La carta de Flavia Emilia a Aurelio Agustín

JOSTEIN GAARDER

Traducción de Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

1a edición: noviembre de 1999

2a edición: junio de 2000 3a edición: noviembre de 2000

4a edición: mayo de 2001

5a edición: mayo de 2002

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Título original: Vita brevis. Floria Aemilias brev til Aurel Augustin En cubierta: Detalle de retrato funerario de una dama de la época de los Antoninos, Fayum (Egipto) Diseño gráfico: G. Gauger & J. Siruela © Jostein Gaarder y H. Aschehoug & Co. © De la traducción, Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo © Ediciones Siruela, S. A., 1997, 1999 Plaza de Manuel Becerra, 15. «El Pabellón» 28028 Madrid. Tels.: 355 57 20 / 355 22 02

Telefax: 355 22 01 siruela@siruela.com www.siruela.com Printed and made in Spain

Prefacio

Cuando en la primavera de 1995 visité la Feria del Libro de Buenos Aires, alguien me recomendó que dedicara una mañana al famoso mercado de San Telmo. Tras unas intensas horas recorriendo los puestos, encontré refugio en una pequeña librería de viejo. Entre una modesta selección de manuscritos antiguos, mi mirada se detuvo en una caja roja que tenía una etiqueta con la inscripción «Codex Floriae». Algo despertó mi interés y la abrí cuidadosamente. En ella descubrí un montoncito de hojas manuscritas que parecían antiguas, muy antiguas; no tardé en comprobar que el texto estaba en latín.

En una línea aparte se leía un saludo inicial escrito en mayúsculas: «Floria Aemilia Aurelio Augustino Episcopo Hipponensi Salutem». Floria Emilia saluda a Aurelio Agustín, obispo de Hipona... Tenía que tratarse de una carta. ¿Sería realmente una carta dirigida a ese teólogo y padre de la Iglesia nacido a mediados del siglo IV y que pasó la mayor parte de su vida en el Norte de África? ¿Y se la enviaba una mujer llamada Floria?

Yo conocía bien la biografía de Agustín. Ningún otro personaje muestra con tanta claridad el dramático cambio cultural que tuvo lugar durante la transición entre la antigua cultura grecorromana y la cultura cristiana, que caracterizaría a Europa hasta nuestros días. La mejor fuente para conocer la vida de Agustín es, qué duda cabe, el propio Agustín. A través de sus Confesiones (escritas hacia el año 400) proporciona una visión única del agitado siglo IV así como de sus propios conflictos espirituales, relacionados con la fe y con la duda. Tal vez sea Agustín el individuo anterior al Renacimiento que más cercano nos resulta.

¿Qué mujer podía haberle escrito una carta tan larga? En la caja había al menos 70 u 80 hojas. Yo jamás había oído hablar de tal escrito.

Intenté traducir una frase más: «Me resulta curioso el saludarte con estos términos. Hace tiempo habría escrito sencillamente "a mi pequeño y divertido Aurelio"». No estaba muy seguro de la traducción, pero al menos pude entender que se trataba de una carta de carácter muy personal.

De repente se me ocurrió una idea. ¿Podría ese escrito proceder de la que, durante muchos años, fue concubina de Agustín; es decir, de la mujer a la que, como él mismo escribe, se vio forzado a rechazar por haber elegido el celibato y la privación de todo amor sensual? Sentí un escalofrío, porque sabía muy bien que la tradición agustiniana lo único que conoce de esa desafortunada mujer, o

de su larga convivencia con Agustín, es lo que él mismo escribe en sus Confesiones.

Al instante, tenía al librero a mi lado señalando la caja. Yo seguía petrificado por lo que creía haber descubierto.

— Muy interesante— me dijo en inglés.

-Sí, eso espero.

Me habían hecho ya algunas entrevistas para prensa y televisión, en relación con la Feria del Libro, y él me había reconocido: -El mundo de Sofía, ¿cierto?

Afirmé con la cabeza; él se inclinó sobre la caja, la cerró y la colocó cuidadosamente sobre un pequeño montón de manuscritos, como dando a entender que no estaba muy interesado en vender éste. Tal vez se mostraba especialmente receloso al saber quién era yo.

-¿Se trata de una carta a san Agustín? -le pregunté.

Su sonrisa me resultó algo inquietante.—¿ Cree usted que es auténtica ?

-No es algo imposible -contestó-. Sólo lleva en mis manos unas cuantas horas, pero, si supiera con seguridad que este escrito es en realidad lo que aparenta ser, no lo tendría aquí.

-¿Cómo lo consiguió"?

Se echó a reír:

-No llevaría tanto tiempo en este negocio si no hubiera aprendido a proteger a mis clientes.

Empezó a apoderarse de mí una gran curiosidad, así que le pregunté:

-¿Cuánto pide por él?

-Quince mil pesos.

Me pareció una exageración pedir tanto dinero por un manuscrito que, aunque parecía ser una carta de la concubina de Agustín, quizá tuviera sólo unos cientos de años, pues en el mejor de los casos podría tratarse de una copia de una hasta ahora desconocida carta al padre de la Iglesia, o quizá de una copia de una copia aún más antigua. Aunque también podría haber sido escrita en algún convento latinoamericano hacia el siglo XVI o finales del XVII. Aun así, era algo que merecía la pena llevarse a Europa. Creo haber oído decir que en determinados ambientes conventuales se escribían de vez en cuando este tipo de cartas apócrifas escritas por santos o dirigidas a ellos.

Se disponía a cerrar la tienda, así que le di mi Visa.

-Doce mil pesos -dije.

Le ofrecía casi cien mil coronas por algo que tal vez no tuviera ningún valor como antigüedad, pero yo sentía una gran curiosidad por el manuscrito. Ya cuando hace muchos años leí las Confesiones de Agustín, había intentado ponerme en la situación de esta concubina. La visión que tenía Agustín del amor entre hombre y mujer me dejó unas profundísimas huellas. El librero, que había aceptado la oferta, dijo:

-Creo que lo mejor que podemos hacer es considerar esta compra-venta como una especie de riesgo compartido.

Puse cara de asombro porque no entendía lo que quería decir, y se apresuró a explicármelo:

-O estoy haciendo un negocio estupendo, o el de usted es mejor.

Aceptó la tarjeta de crédito y dijo con semblante sombrío:

-Ni siquiera he tenido tiempo de leer el manuscrito. Dentro de unos días, o se hubiera disparado de precio, o yo mismo hubiera tirado esta caja roja a esa cesta que ve usted ahí.

Miré la cesta que me señalaba, estaba llena de viejos libros de bolsillo. En un cartel se podía leer: «2 pesos».

Fui yo el que hizo el mejor negocio. Una vez en mi poder, el «Codex Floriae» lo fecharon hacia finales del siglo XVI, y me dijeron que probablemente fue escrito en Argentina. La gran pregunta sigue siendo si realmente existió un antiguo pergamino del que este «Codex Floriae» es copia.

A mí no me cabe duda de que la carta es auténtica y de que, al fin y al cabo, tiene que tener su origen en la que durante muchos años fue la concubina de Agustín. Me resulta prácticamente imposible creer que fuera falsificada en Argentina hacia finales del siglo XVI. Es más fácil imaginarse que su original procediera verdaderamente de la época de Agustín. Tanto la sintaxis como el vocabulario utilizados en el manuscrito llevan la marca inconfundible de la Antigüedad tardía; y lo mismo ocurre con esa mezcla de sensualidad y reflexión religiosa casi desesperada que Floria despliega.

En el otoño de 1996 llevé el manuscrito a Roma, a la Biblioteca del Vaticano, con el fin de conseguir un análisis más preciso. Pero allí me ayudaron poco, más bien al contrario: en el Vaticano sostienen tenazmente que jamás ha existido un «Codex Floriae». No me sorprendería que la Iglesia católica hubiera querido ocultar la carta de Floria, si tuvo conocimiento de ella. Naturalmente, me había quedado con una fotocopia del manuscrito, y durante la primavera de 1996 intenté darle forma en noruego. No obstante, cuando en la carta se citan las Confesiones de Agustín, opté por usar la excelente traducción noruega de Oddmund Hjeldes de los primeros diez libros [0].

El trabajo de traducción ha sido un increíble rompecabezas, entre otras cosas porque el manuscrito carece de paginación. Al mismo tiempo, ha sido enormemente estimulante contar con esta oportunidad para refrescar mis viejos conocimientos de latín— adquiridos antaño en el venerable Instituto de la Catedral de Oslo (1968-1971). Más de una vez he recordado con agradecimiento a mi viejo profesor de latín, Oskar Fjeld.

Fue fascinante comprobar cómo las viejas conjugaciones y declinaciones continuaban fijadas en la memoria. No obstante, esta traducción no habría sido posible sin la complaciente ayuda de Oivind Andersen. También agradezco a Trond Berg Eriksen, Egil Kraggerud, Oivind Norderval y Kari Vogt sus palabras alentadoras y sus buenos consejos.

Me sentiría enormemente complacido si esta publicación del «Codex Floriae» diera lugar a un renovado interés por la lengua latina y la cultura clásica en general.

REFERENCIAS BIOGRÁFICAS SOBRE SAN AGUSTÍN

354 Nace san Agustín en Tagaste (Numidia), hoy Souk Ahras (Argelia).

365-369 Estudios de Gramática y de autores clásicos en Madaura (Numidia).

370 Año de descanso en Tagaste.

371 Viaja a Cartago, donde estudia Retórica.

372 Toma una concubina (en Vita brevis: Floria Emilia).

373 Nacimiento de su hijo Adeodato. Época maniquea tras la lectura del Hortensius de Cicerón.

375 Regresa a Tagaste para enseñar Retórica.

376-383 Regresa a Cartago, donde abre una Academia de Retórica.

383 Viaja a Roma. Profesor de Retórica.

384 Es nombrado profesor imperial de Retórica en Milán (otoño). Encuentro con san Ambrosio.

385 Llegada de su madre, Mónica, a Milán. Abandona a su concubina para comprometerse con una joven heredera.

386 Lectura de los neoplatónicos y de las epístolas de san Pablo. Conversión.

387 Regreso a Milán. Bautismo de Agustín, Alipio y Adeodato. Viaje a África (otoño). Se detiene en Ostia Tiberina. Muerte de Mónica. 388-391 Llega a Cartago. Después a Tagaste, donde funda el primer monasterio y permanece tres años.

389 Escribe De Magistro.

390 Muerte de Adeodato.

391 Es ordenado sacerdote. Funda el segundo monasterio. 393 Sínodo de Hipona. Predica De fide et symbolo. Disputas con los maniqueos.

395 Es nombrado obispo auxiliar de Hipona.

397 Es nombrado obispo titular de Hipona.

397-398 Redacción de sus Confesiones.

410 Se retira a una villa en las afueras de Hipona a causa de su enfermedad.

413-426 Preparación y redacción de los veintidós libros de La Ciudad de Dios.

429 Comienza la invasión del Norte de África por los vándalos desde España.

430 Muere el 28 de agosto en Hipona durante la destrucción de Numidia por los vándalos.

VITA BREVIS

LA CARTA DE FLORIA EMILIA A AURELIO AGUSTÍN

FLORIA EMILIA SALUDA A AURELIO AGUSTÍN, OBISPO DE HIPONA.

Me resulta curioso el saludarte con estos términos. Hace tiempo habría escrito sencillamente «a mi pequeño y divertido Aurelio». Pero han pasado más de diez años desde que por última vez me estrechaste entre tus brazos; mucho ha cambiado todo desde entonces.

Te escribo porque el sacerdote de Cartago me ha dado a leer tus confesiones. Piensa que tus libros pueden resultar edificantes para una mujer como yo. Durante muchos años he pertenecido a esta iglesia en calidad de catecúmena [1], pero no quiero recibir el bautismo, Aurelio. No me lo impide el Nazareno, tampoco los cuatro evangelios, pero no quiero ser bautizada.

En tu libro VI escribes: «Cuando por ser impedimento para mi matrimonio apartaron de mi lado a la mujer con quien compartía mi lecho, el corazón, rasgado por donde más unido a ella estaba, quedó llagado y manando sangre. Ella volvió a África haciéndote voto, Señor, de no volver a conocer a otro hombre y dejando en mi compañía al hijo natural que yo había tenido con ella» [2].

Me es grato que aún recuerdes los fuertes lazos que nos unían. Bien sabes que nuestra unión fue algo más que un común y fugaz concubinato, tan propio del hombre antes del matrimonio. Convivimos en fidelidad durante más de doce años y también nació nuestro hijo. No pocas veces la gente con la que nos topábamos nos tomaba por marido y mujer según la ley. A ti te gustaba, pues pienso que te hacía sentir orgulloso, aunque hay muchos maridos que se avergüenzan de sus mujeres. ¿Recuerdas cuando cruzamos juntos el Arno? De repente me detuviste poniendo tu mano sobre mi hombro. Y me dijiste algo, ¿lo recuerdas?

Repetidas veces escribes que omites muchas cosas y que otras las has olvidado. Así pues, perdóname si te ayudo a hacer memoria de algunas cuestiones importantes.

Es cierto que hice la promesa de no conocer a otro hombre, pero no se la hice a Dios. ¿Acaso no me pediste que te hiciera esa promesa a ti? Estoy segura de ello, porque fue mi único consuelo en el camino de regreso desde Milán. Todavía sentías algo, aunque fuera poco, por mí. Pensé que tal vez Mónica recapacitaría y

podríamos volver a estar juntos, pues no se pide fidelidad a alguien a quien se rechaza por odio o por ira. Un poco más adelante escribes: «No se curaba aquella herida mía tras ser arrancado de la mujer con quien compartía mi vida sino que, después de elevada fiebre e intenso dolor, comenzaba a gangrenárseme» [3].

Los dos sabemos que no fui apartada de tu lado únicamente porque Mónica hubiera encontrado la muchacha adecuada, aunque ésa fuese la razón de Mónica, pues ella pensaba en el futuro de la familia. O quizá tuvo celos de mí. Me lo he preguntado muchas veces. Nunca olvidaré aquella primavera cuando llegó a Milán decidida a interponerse entre nosotros.

Entre los dos me apartasteis de tu camino, pero tu razón principal para hacerlo no fue ese matrimonio planeado, al menos existía también otra razón. Me repudiabas porque me amabas demasiado, dijiste. Lo natural es permanecer junto al ser querido, pero tú no lo hiciste porque habías comenzado ya a sentir desprecio por el amor carnal entre un hombre y una mujer. Pensabas que yo te ataba al mundo de los sentidos y que no tenías paz ni tranquilidad para concentrarte en la salvación de tu alma. Así, tampoco se llevó a cabo tu matrimonio. Que Dios prefiera que el hombre viva en celibato, escribes. Yo no tengo ninguna fe en un Dios así.

¡Qué infidelidad, Aurelio! ¡Qué gran traición cometiste al repudiarme! Y tu corazón, rasgado por donde más unido estabas a mí, quedó llagado y manando sangre. Lo mismo sucedió con mi corazón, si acaso a alguien le importa, porque éramos dos almas que fueron separadas violentamente, dos cuerpos, si quieres, o dos almas en un mismo cuerpo. Tu herida no se curaba sino que, después de una elevada fiebre y de un intenso dolor, comenzaba a gangrenarse. Pero te ibas haciendo más inmune al dolor. La causa era que amabas más la salvación de tu alma que a mí. ¡Qué tiempos aquéllos, honorable obispo, qué costumbres!

Acaso nunca hayas pensado que lo sucedido fue así. Al menos esto es lo que se aprecia en tus confesiones. ¿No se ve agravado el adulterio cuando se abandona a la amada para salvar el alma? Sería más fácil a una mujer que un hombre la abandonara para casarse con otra o bien por haber preferido otra amante. Pero no había otras mujeres en tu vida, simplemente amabas más la salvación de tu propia alma que a mí. A tu alma, que antaño encontrara reposo en mí, era a quien querías salvar. No había en ti deseo de casarte, no mientras me tuvieras a mí, decías. Ese matrimonio no era más que una obligación filial. Pero ni siquiera te casaste. Tu elegida no era de este mundo.

Y luego el hijo; ante Dios tú eras el padre carnal de Adeodato, pero yo era su madre. Yo lo llevé en mi vientre, yo lo amamanté porque no teníamos ama. Y

escribes que yo dejé que se quedara contigo. Ninguna madre hace algo así por voluntad, ninguna abandona a su único hijo sin que le produzca el más profundo de los dolores. Pero sin ti a mi lado yo nada podía ya exigir; como sabes no tenía ninguna fortuna. ¿No fue por esto por lo que Mónica anhelaba saberte casado con alguien de posición elevada? Creo recordar que un griego decía que «La justicia sólo tiene lugar entre iguales» [4].

En el libro IX ruegas a Dios que atienda tus confesiones, incluso de los innumerables episodios que silencias. Entre esas omisiones está nuestro último encuentro; quizá sea esto a lo que te refieres pues ni una sola palabra aparece acerca de lo que hiciste en Roma durante ese año entero antes de regresar a tu casa en África. Si pienso en el gran empeño que pones en anotar tus confesiones, esta omisión me resulta, cuando menos, vergonzosa.

¿Qué piensas hoy de lo que sucedió en Roma? No comprendo cómo pudo ocurrirnos a nosotros, Aurelio. Quizá en aquel miserable cuartucho en el Aventino dieron comienzo tus exámenes de conciencia. Alguien te diría que llegué bien a Ostia. Allí tuve la posibilidad de embarcarme de inmediato; el viaje por mar transcurrió sin problemas, a pesar de las circunstancias. Al menos llegué a Cartago, a casa. También tú en esa ocasión te encargaste del transporte. Por segunda vez se me devolvía a África como una mercancía. De eso hace mucho tiempo y mis heridas están ya cicatrizadas.

Desde que volví de Milán, hace ahora casi quince años, he estado siguiendo tus pasos. Aunque sería más acertado decir que he vuelto a recorrer nuestros viejos senderos de Cartago. Leí todo cuanto encontré sobre filosofía porque necesitaba averiguar qué había en esta disciplina, capaz de separar a unos amantes. Si te hubieras entregado a otra mujer, también habría deseado conocerla. Pero mi rival no era otra mujer a la que poder mirar con los ojos, sino un principio filosófico. Para entenderte mejor recorrí un trecho del camino que tú ya habías andado, ése es el motivo por el cual comencé a cultivar esta ciencia.

Mi rival no era sólo mi rival. Era la rival de todas las mujeres, era el ángel de la muerte del amor [5]. Tú te refieres a ella como Continencia y en el libro VIII escribes: «iba abriéndose paso la noble dignidad de la Continencia. Aparecía ante mí serena y sonriente, sin malicia. Recatada y delicadamente me invitaba a que me acercara a ella sin miedo, extendiendo sus piadosas manos hacia mí dispuestas a recibirme y abrazarme» [6].

Dices mucho con pocas palabras. Ni siquiera procuras ocultar la forma en que te dejaste seducir. No niego que mi corazón hervía de celos cuando leí esas palabras. ¿Acaso no te entregaste a mí de ese modo en nuestra ardiente

juventud? ¿No te seduje yo «recatada y delicadamente»? Me siento tentada a decir, como Horacio, que cuando un necio quiere evitar cometer un error, incurre en el error contrario.

Empecé leyendo a Cicerón, como habías hecho tú. De él escribes en tu libro III: «hallaba mis delicias únicamente en aquella exhortación. Sus palabras eran un incentivo, una provocación, un revulsivo para que amara, buscara, alcanzara, conservara y abrazara no esta o aquella secta o escuela, sino la sabiduría misma» [7]. Esa sabiduría, Aurelio, es la que me ha impulsado a leer a los filósofos y a los grandes poetas. He leído también los cuatro evangelios. Desde que nos separaron, he consagrado mi vida a la Verdad [8], del mismo modo que tú te entregaste a la Continencia. Sigues siéndome muy querido, aunque debo añadir que hoy la Verdad me es más querida [9]. Ahora soy considerada una mujer erudita y se me permite instruir a otros aquí en Cartago. ¿No te resulta curioso que sea ahora yo quien enseñe Retórica? Aunque quizá has perdido tu sentido del humor, pues tus confesiones no dejan entrever mucha ironía. Era diferente cuando estábamos juntos. Bromeábamos y nos reíamos desde la puesta del sol hasta el amanecer. Quizá hoy digas que el humor es sinónimo de «sensualidad» y de «avidez de placeres».

Sin embargo, te doy las gracias por tus libros. Ninguna otra obra [10] me ha explicado mejor por qué me abandonaste para esperar a que una muchacha de once años estuviera preparada para el matrimonio, y por qué luego elegiste adorar a esa diosa a quien llamas Continencia. Te agradezco el que escribas con tanta sinceridad. Pero el que tu memoria se eclipse es algo bien diferente y es una de las razones que me mueven a escribirte. Tácito ha dicho que a la mujer conviene llorar las pérdidas y al hombre recordarlas. ¡Pero tú ni siquiera recuerdas!

Ante mí tengo tres cartas. Una me la enviaste desde Milán, nada más haber decidido no casarte. Eso sucedió pocos meses después de mi partida. Recibí luego la carta que me escribiste desde Ostia, cuando Mónica murió. Qué conmovedor que dejaras a Adeodato escribir un pequeño saludo a su madre. Un par de años más tarde volví a recibir noticias tuyas. Fue cuando la muerte te arrebató al pobre niño. ¿Te vio alguien llorar en aquella ocasión? Confío en que no pienses que el niño murió porque fue concebido en pecado. Si lo dudo es debido a algo que has escrito en el libro IX, donde hablas de Adeodato como «fruto de mi pecado», aunque luego añades: «Tú, Señor, le habías hecho bueno» [11]. Escribes que no tenías más parte en ese muchacho salvo tu pecado. ¡Deberías sentir vergüenza, tú que le diste por nombre Adeodato! No creas que el Señor le apartó de tu camino por ayudarte en tu carrera sacerdotal y episcopal. ¡Dios tenga piedad de tus errores!

Es la muerte de un hijo, Aurelio. Deberías haber acudido a mí para que los dos la hubiéramos llorado juntos. Aún no habías sido ordenado sacerdote, no tenías ningún compromiso y Adeodato era nuestro único hijo. ¿Acaso estabas tan avergonzado por lo que sucedió en Roma que no tuviste el valor de encontrarte conmigo? ¿O quizá tenías miedo de que volviera a ocurrir lo mismo?

No entiendo por qué te cuesta tanto llorar. Es tu libro IX, Aurelio, quien lo dice. ¿En verdad opinas que es demasiado carnal mostrar dolor? ¡Ni siquiera permitiste que tu propio hijo derramara lágrimas al despedirse de su abuela paterna! Pero yo pienso que es más «carnal» reprimir el llanto, pues si no nos permitimos llorar, el dolor nos quedará dentro como una pesada carga. ¡Que el niño descanse en paz!

II

Como he escrito, me prestó tus confesiones el sacerdote de Cartago. Deberás perdonar el que te transcriba algunas palabras que quiero comentar detalladamente. Espero de ti paciencia y que leas mis reflexiones con mente abierta. Son mis confesiones, si lo prefieres, pues considero esta carta algo más que un saludo personal: es también una carta dirigida al obispo de Hipona Regia. Han pasado los años y muchas cosas han cambiado desde que tú y yo nos amamos. Puede mi carta ser considerada, entonces, una carta a toda la Iglesia cristiana por ser tú hoy hombre con influencia.

Acepto que ello me inspira miedo, pero ruego a Dios que también la voz de una mujer sea escuchada por los hombres de Iglesia. Tal vez recuerdes algo que te dije aquella mañana en que paseábamos por el foro romano contemplando la fina capa de nieve que se había posado sobre el Palatino. Te hablé de la tragedia de Séneca Medea, que yo acababa de leer, y en la que se advierte que también se ha de escuchar a la otra parte, y esa otra parte soy yo, ¿verdad? [12]

Tu libro I tiene un comienzo muy prometedor en el que alabas a Dios por su sabiduría y grandeza: «de quien, por quien y en quien son todas las cosas», escribes [13]. Hablas a continuación de tu temprana infancia, aunque creo que muchas de tus reflexiones las tomas prestadas de los primeros años de vida de Adeodato. Van apareciendo ya esos sombríos aires de fondo presentes en todos tus libros: «nadie está limpio de pecado delante de Ti, ni siquiera el niño que vive desde hace un día... Concluyamos que es inocente la flaqueza del cuerpo tierno de los niños, pero no su ánimo». ¿Por qué no? Es porque tú has visto la expresión de enfado en el niño que «clava sus ojos celosos» en su hermano, que también quiere ser amamantado. ¡Pobre Aurelio! Que ese niño también desee mamar no equivale a maldad. También dices a Dios que ha dado al niño «la vida y un cuerpo y le has dotado de sentidos. Diste armonía a sus miembros y le vestiste de hermosura al implantar en él todos los instintos necesarios para su bienestar y seguridad» [14]. Pero no reparas en esto como algo bueno y hermoso, enseguida vuelves a lamentarte por que haya nacido en delito y haya sido concebido en pecado. O en amor, honorable obispo, un niño es concebido en amor: tan hermosa y sabiamente ha organizado Dios el mundo haciendo que no se conciba por gemación.

Incluso pretendes ver un significado más profundo en que Mónica no permitiera tu bautizo siendo un niño: «pensando que después del bautismo la culpa sería mayor y más peligrosa si volvía a mancharme con el pecado» [15]. ¿Pecado porque Dios nos ha creado hombre y mujer con una gran riqueza de sentidos y necesidades? De instintos, si lo prefieres, o apetitos excitables. A ti puedo decírtelo sin rodeos, a ti que solías ser mi compañero de juegos en el lecho.

Incluso llegas a incluir en la lista de tus pecados el que la historia de Dido y Eneas te atrajera en la juventud.

Escribes constantemente en todos tus libros sobre el «deseo de los sentidos» y los «deseos pecaminosos». ¿Se te ha ocurrido pensar que tal vez seas tú quien desdeña los dones de Dios? Quizá tu desprecio por el mundo de los sentidos proceda de los maniqueos y de los platónicos más que del propio Nazareno. Pero en tu libro X vas aún más lejos, al subrayar no sólo tu desdén por el mundo de los sentidos y en consecuencia por la obra de la creación de Dios, sino por los propios sentidos, que, no lo olvides, también son obra de Dios: «De la seducción de los perfumes no me cuido demasiado. Ni los busco cuando no los tengo, ni los rechazo cuando los tengo, dispuesto como siempre estoy a verme privado de ellos» [16]. Te avergüenzas incluso de que de vez en cuando comes porque te gusta la comida. Pero ahora Dios te ha enseñado que debes «tomar los alimentos como si fuesen medicinas». Te felicito, aunque la sola idea me produce náuseas. «Si bien la razón de la comida y de la bebida es mantener la salud, ésta lleva consigo un compañero peligroso e inseparable: el deleite», escribes. También dices que «muchas veces no sabemos si el cuidado necesario del cuerpo pide lo que se le da o si es el deleitoso engaño del apetito el que pide ser atendido» [17]. Ay, honorable obispo, imagina algo que sea delicioso para el paladar y al tiempo saludable para el cuerpo. Yo prefiero atenerme a las palabras de Horacio, y está mi conciencia tranquila, cuando dice que es agradable liberarse de vez en cuando.

Hay que comer, Aurelio, tienes derecho a disfrutar de los alimentos. Espero también que no hayas abandonado tu aseo. Cuando se ve una flor hermosa se tiene derecho a aspirar su aroma, aunque hoy lo llames «apetito del cuerpo». Deberías avergonzarte. Nada es tan absurdo que no pueda haber sido dicho por un filósofo, escribe Cicerón. Seguramente podría decirse lo mismo de los teólogos. ¿Recuerdas que cuando cruzamos el Arno te detuviste para olerme el pelo? ¿Por qué lo hacías, Aurelio? ¿Fue acaso el «deseo del cuerpo» lo que se hizo sentir? No, no lo creo. Lo que pienso es que antaño sabías qué era el amor auténtico, ahora temo que lo hayas olvidado.

En el libro II escribes sobre tus años de pubertad en Tagaste: «Quedó ajada mi hermosura y me convertí en un ser infecto ante Tus ojos, por darle gusto a las complacencias personales» [18]. Y continúas: «¿Qué era lo que me deleitaba sino amar y ser amado?... Del cieno de mi concupiscencia y del manantial de mi pubertad subían nieblas espesas que oscurecían mi corazón, privándole de distinguir entre la clara luz del amor casto y la oscuridad de la lujuria. Amor y lujuria hervían juntos dentro de mí y arrastraban mi corta edad hacia acantilados de vanos deseos, anegándome en un mar de pecados» [19].

Creo que alardeas de ello, Aurelio. Como en todo adolescente habría en ti una imaginación muy viva, pero debes saber que, cuando yo te conocí algunos años después, el muchacho que compartía mi lecho era más bien un joven torpe e inexperto. Escribes que te avergonzaba el carecer de la experiencia que decían tener tus compañeros.

Presumían de su «vida depravada», dices. Pero tú también presumías de la tuya. Es ingenuo, ridículo, ¿pero vergonzoso? Lo más vergonzoso quizá sea que cosas tan pueriles sigan ocupando la mente del obispo de Hipona Regia. Como hubiera dicho Terencio, nada de lo humano debiera serle ajeno a un obispo, la juventud es la juventud, siempre lo ha sido. Ni siquiera evitas mencionar ese terrible «delito» que cometiste a los dieciséis años cuando, junto con otros muchachos, robaste sus frutos a un peral [20].

De repente te pones más serio. Comienzas refiriéndote a esas palabras de Pablo que dicen «Bueno es al hombre no tocar mujer» [21]. Pero, mi querido Aurelio, ¿por qué citas sólo ese versículo? Sigo creyendo que arrastras algo de los maniqueos. ¿No aprendiste en la escuela de Retórica el peligro de sacar una frase de su contexto? Es cierto que Pablo escribe que es bueno para el hombre no tocar mujer, pero a continuación aclara que, con el fin de evitar la lujuria, cada hombre tenga su propia mujer y cada mujer su propio marido. También nos dice que la mujer y el hombre serán un solo cuerpo y que han de entregarse el uno al otro para no caer en la tentación de cometer adulterio si no pueden guardar continencia.

Pero ¿es inteligente creer que uno puede salvarse de «los apetitos pecaminosos» eligiendo la continencia? Te soy sincera: tu obsesión por ello parece superior a la de otros hombres de tu edad, aunque ya casi han pasado quince años desde que te lanzaste en brazos de la Madre Continencia; sólo tuviste una pequeña recaída, bien es verdad. Aunque la apartes con una horca, la naturaleza siempre vuelve, escribe Horacio. Salvo que se opte por una acción más extrema, como haces tú cuando sugieres que para conseguir entrar en el reino de los cielos hubiera sido mejor castrarse [22], porque entonces podrías haberte sentido más feliz en la espera del abrazo de Dios. ¡Pobre Aurelio!, te avergüenzas de ser un hombre. Justamente tú, que fuiste todo un varón a mi lado. Incluso ahora, años después de haber elegido a Continencia, te lamentas ante Dios de echar aún de menos a una mujer a tu lado. En el libro X, honorable obispo, escribes: «En mi memoria, de la que tan extensamente he hablado, siguen viviendo las imágenes de aquellas cosas que quedaron grabadas por la costumbre. Cuando estoy despierto se agolpan sobre mí languidecidas, pero es en sueños cuando me arrastran a la delectación e incluso al consentimiento y a algo muy parecido al acto real» [23].

Interpreto por esta confesión que aún no te has hecho castrar, incluso puede que a veces me echas de menos, que sean los recuerdos sobre mí y nuestras antiguas «costumbres» quienes te visitan en sueños. Espero que no te hayas castrado, Aurelio, tú que fuiste verdadera viga en mi lecho. Podrías arrancarte los ojos, como hizo Edipo, o sesgar tu lengua; aunque estoy segura de que echas aún de menos nuestros besos.

Tu sexo era también un órgano sensual. Al menos tú eres quien escribe constantemente sobre las apetencias de los sentidos, también cuando hablas de las del amor. ¿O acaso piensas que tus ojos o tus oídos son una creación divina superior a tu sexo? ¿Piensas en verdad que algunas partes del cuerpo son menos dignas ante Dios que otras? Tu dedo corazón, por ejemplo, ¿es más respetable que tu lengua? No olvides que de él también hiciste uso.

III

En el libro III escribes sobre esa época en que llegaste a Cartago siendo un joven estudiante: «me encontré en medio de una crepitante sartén de amores impuros. Aún no amaba pero deseaba amar, y hallándome en un estado de penuria más íntima, me hacía aborrecible a mí mismo por no sentirme más indigente. Comencé la búsqueda de algo que amar, pues amar quería» [24].

Me encontraste a mí. Llevabas sólo un año en la ciudad cuando nos conocimos; yo había nacido en ella. Teníamos los dos casi diecinueve años. Recuerdo que me hallaba sentada bajo una higuera en compañía de tres o cuatro estudiantes. Conocías a uno de ellos y viniste hacia nosotros. Yo tenía los ojos entornados porque el sol me molestaba, pero te vi. Debo decir que caíste cautivado inmediatamente, pues clavaste tu mirada en la mía; luego miraste desconcertado hacia el suelo un par de veces antes de volver a buscar mi mirada. Fue como si ya hubiéramos vivido una vida juntos y supe entonces que podría llegar a amarte en cuerpo y alma. Que fuera a suceder aquella misma noche era algo que no había temido ni soñado; si lo hubiera imaginado, quizá lo hubiera temido y soñado a la vez.

El que yo estuviera sentada con unos estudiantes no resultaba extraño, pero te llamó la atención que yo interviniese en la conversación como si fuera uno de ellos. Fue de lo primero que hablamos cuando pudimos quedarnos a solas. Con los otros estudiantes habíamos estado discutiendo sobre Virgilio, sobre la vida y sobre el amor. Creo recordar que tomaste nota, con cierta extrañeza, de la naturalidad con que defendí la proeza amorosa de Dido. Fue como si me preguntaras con la mirada si realmente una mujer es capaz de amar tanto a un hombre que pueda llegar a quitarse la vida al saberse abandonada por él.

De repente me preguntaste si había estado alguna vez en Roma, quizá porque en ese momento estábamos hablando de Dido y Eneas. Me parecía una pregunta extraña, muy extraña, pues ni tú ni yo nos conocíamos pero sin embargo te interesaba saber si yo había estado allí. Interpreté tu pregunta como una búsqueda de unión entre tú y yo, pues te apresuraste a decir que tú tampoco habías estado pero que era propósito tuyo el viajar allí en alguna ocasión. Como acabábamos de hablar de Dido, tuve la sensación de que con esa pregunta me convertías en la mismísima reina de Cartago. Dado que yo había defendido con tanto fervor a esa mítica reina, era como si me estuvieses diciendo que yo iría contigo a Roma para evitarme la fatídica suerte de ella. Poco sabía yo entonces de que muchos años después viajaríamos juntos a Roma. Fue como si todo comenzara con esa salida de Eneas de Cartago. Acaso debiera añadir que también fue allí donde todo acabó. Como Eneas, también tú tenías un cometido más grande y más importante que el amor.

Antes de quedarnos solos bajo esa higuera, pienso que ya había surgido entre nosotros algo que desconcertó a los demás, algo fuerte e intenso, como una invisible complicidad. Luego me acompañaste a casa, a mi humilde habitación, y allí pasaste la noche. Un año más tarde nació nuestro querido hijo, y permanecimos juntos hasta que Mónica o Continencia nos separó a la fuerza, dejándonos a los dos con heridas sangrantes.

Nuestra vida en común se sostenía desde el primer momento sobre una base intensamente sensual, pues los dos rendíamos culto a Venus. Hubo épocas en que ambos éramos igual de irrefrenables; sin embargo, al leer hoy tus confesiones, tengo la penosa sensación de que lo que ahora llamas «apetencias de la carne» es lo único que nos unía. A veces parece que tuvieras un exagerado arrepentimiento y penitencia por tu vida anterior, me refiero a la anterior a tu entrega total a Continencia. No sé si es a Dios, o más bien tu propia duda y arrepentimiento, lo que intentas conjurar.

Quizá sea nuestra profunda amistad lo que más te avergüenza. A muchos hombres les avergüenza más el cultivar la amistad con una mujer que sembrar con ella el amor de la carne, aunque luego culpan a este amor carnal de imposibilitar la amistad sincera con una mujer. Es lamentable que esto se haga más evidente cuanto más instruidos son filosóficamente, y atribuyo gran parte de esta culpa a los maniqueos y a los platónicos. Sentí que empezabas a mirarme de manera distinta después de haber leído el Fedón; la situación no mejoró cuando leíste a Porfirio. ¡Tantas cabezas, tantos pareceres! [25] No empecé a albergar temores hasta que comenzaste a decirme Eva, pero eso no sucedió hasta que llegamos a Milán e hiciste todo lo posible por entrar en el círculo que rodeaba a Ambrosio.

Escribes que tu alma no gozaba de buena salud en aquella época y que «se lanzaba hacia fuera hecha una pura llaga, con la mezquina avidez de restregarse en las realidades sensibles. Ciertamente, si estas realidades no tuvieran alma, no constituirían objeto de amor. Amar y ser amado era lo más dulce para mí, sobre todo si llegaba a gozar del cuerpo de la persona amada. Así ensuciaba la vena pura de la amistad con la inmundicia y nublabla su candor con la sombra tartárea de la lujuria» [26].

No ocultas, pues, el profundo e intenso desprecio que sientes por Venus, por ella, Aurelio, que era el puente cubierto de alhajas entre nuestras dos almas solitarias y asustadas. Pero eso no es todo, también desprecias ahora los demás placeres que ofrecen los sentidos. Y aún hay más, pues incluso llegas a despreciar a éstos. En verdad te has convertido en un eunuco.

No entiendo cómo puedes rechazar nuestros secretos y calificarlos de «mezquina avidez» o «pasión de la carne». Hasta que no leí tu libro X no me di cuenta de que hoy desprecias todos los sentidos y todo cuanto aportan de vino y frutos a nuestras almas. Pero eso no es todo. Empiezas a vanagloriarte ante Dios de la profundidad con que eres capaz de despreciar toda su creación. Lo justificas diciendo que es debido a un «resplandor» que dices haber visto en tu interior.

Yo, sin embargo, nunca olvidaré tus manos alegres ni tus comentarios llenos de gracia. Noto que andas perdido entre los teólogos. ¡Qué profesión más miserable! ¿Cómo es posible que lo pequeño pueda ocuparse de lo grande? ¿Cómo es posible que la obra defina al maestro? ¿Cómo puede una obra decidir dejar de funcionar como tal?

Hemos sido creados como seres humanos, Aurelio. Y hemos sido creados hombre y mujer. En su tratado sobre la vejez, Cicerón argumenta que el adolescente no desea tener la fuerza del león o del elefante. No debemos intentar vivir como algo que no somos. ¿No sería eso burlarse de Dios? Somos seres humanos. Primero debemos vivir, y luego... luego podremos filosofar.

No me digas que para ti yo era sólo un cuerpo de mujer. Sabes que eso no es verdad. ¿Cómo puedes discernir entre cuerpo y alma? ¿No es eso alterar la obra de la creación de Dios? Cuando me rasgabas con afiladas caricias también desgarrabas mi alma, fiera desleal.

Describes en tu libro IV de forma muy bella la amistad, pero, cuidado, sólo te refieres a la amistad entre hombres: «Había todo un montón de detalles por parte de mis amigos que me hacía más cautivadora su compañía: charlar y reír juntos, prestarnos atenciones unos a otros, leer en común libros de estilo ameno, bromear, bromear unos con otros dentro de los márgenes de estima y respeto mutuos, discutir a veces, pero sin acritud, como cuando uno discute consigo mismo. Las ocasiones en que verdaderamente discutíamos eran como el grano de pimienta que sazónaba nuestros diarios consensos. Instruirnos mutuamente en los temas, sentir nostalgia de los ausentes, acogerlos con alegría a su vuelta: estos gestos y actitudes similares, procedentes del corazón de los que se aman y se ven correspondidos y que hallan su expresión en la boca, la lengua, los ojos y en otros mil ademanes de extrema simpatía, eran a modo de incentivos que iban fundiendo nuestras almas y de muchas se hacía una sola» [27].

Al leer esto me sentí como devorada, o mejor, devorada y vomitada a la vez. ¿No son esas palabras válidas igualmente para nuestra amistad? Charlábamos y nos

reíamos juntos, nos prestábamos atenciones uno a otro de sol a sol, nos enviábamos pequeñas señales secretas, gestos «procedentes del corazón... que hallan su expresión en la boca, la lengua, los ojos y en otros mil ademanes de extrema simpatía». Extraes lo mejor de nuestra vida en común y te atreves a guardarlo en el recuerdo aislándolo en una amistad entre hombres. No fuiste tan mezquino el día en que nos conocimos. Es cierto que tenías muchos amigos en esa época, podría decir que muchísimos, pero el amor que sentíamos el uno por el otro era diferente, por eso nunca llegué a sentir celos de tu amistad con los hombres. Entre nosotros surgían llamas, llamas que no sólo encendían nuestras almas sino que también inflamaban nuestros cuerpos.

No evitas confesar tu arrepentimiento por nuestro amor carnal, vale, pero no olvides que yo era además tu mejor amiga. Insinúas que tan bajo descendiste que llegaste a cultivar la amistad de una mujer. Pero no te equivoques, yo no soy un simple pellejo [28]. Tu mayor delito en aquel entonces no era amar la carne, en eso no te distingues de otros. Tu pecado más infame era que amabas también el alma de Eva.

Si no hubieras rogado tan encarecidamente a Dios que contemplara tu interior, yo no sacaría al exterior estos viejos recuerdos; pues ha pasado ya mucho tiempo desde entonces. Es como si estuvieras haciendo pasar a la Verdad por tus confesiones como un potro desbocado. Deja que galope, deja que recorra el camino hasta mí: en mí hallará reposo, porque sólo yo lo conozco.

Tal vez también haya un Dios que nos conozca. Si fuera así, tengo el convencimiento de que habrá guardado todo cuanto de bueno nos regalamos el uno al otro. Pero si no existe, mi vieja alma gemela, no hay nadie en todo nuestro vasto imperio que se conozca mejor que tú y yo: me entregaste tu cuerpo y tu alma y yo en prenda te dejé los míos. Donde tú estabas, allí estaba yo; donde yo estaba, allí querías estar tú. [29] Luego fueron interponiéndose entre nosotros primero una madre, después maniqueos y platónicos, por último, teólogos y Continencia. De alguna manera te alejaste de mí aún más que Eneas hiciera de Dido. ¡Dios te ampare por tus errores!

¿No éramos tú y yo dos cuerpos fundidos en uno solo, del mismo modo que un puente une dos orillas en una? Pero de pronto emerge del río una poderosa deidad, o una idea abstracta llamada Continencia, que corta la conexión entre esas dos orillas. No, yo no creo en un Dios así, honorable obispo. He hablado muchas veces de eso con el sacerdote de Cartago. Sabe que he vivido con un hombre, pero ignora que ese hombre eres tú. ¿No resulta irónico que hayan sido tus confesiones lo que él un día me entregara? ¿O fuiste quizá tú quien le incitó a que lo hiciera?

Espero que no tengas en el olvido cómo tus caricias hacían que brotasen mis yemas. ¡Cuánto te gustaba encontrarte después con mis flores y dejarte embriagar por sus aromas! ¡Cuánto te nutría mi savia! Pero luego me vendiste a cambio de la salvación de tu alma. ¡Qué traición, Aurelio, qué traición! No, yo no creo en un Dios que exige sacrificios humanos. No creo en un Dios que destroza la vida de una mujer con el fin de salvar el alma de un hombre.

IV

Cuando nuestro hijo acababa de cumplir dos años, nos fuimos a Tagaste, tu ciudad natal, donde ibas a enseñar Retórica. Casi al final del libro III escribes: «hay muchas cosas que escapan a mi memoria y muchas que paso por alto, pues quiero llegar enseguida a otras que me urge confesarte» [30].

Pero no habrá escapado a tu memoria lo difícil que resultó que Mónica te permitiera vivir en su casa con Adeodato y conmigo. Ya entonces tuve la sensación de que os ataban lazos que no eran naturales entre una madre y un hijo. Yo también tenía mis ideas sobre los sueños de Mónica.

Tú lo dices: «Soñó que se encontraba toda triste y afligida sobre una regla de madera y que un joven resplandeciente, alegre y risueño, se le acercaba. Al preguntarle este joven por la razón de su tristeza y de sus lágrimas diarias, no con ánimo de enterarse, sino porque tenía intención de aconsejarla, ella le respondió que lloraba mi perdición. Él pidió que se tranquilizase y que observara con detenimiento, pues donde ella estaba ahora, allí estaba yo también. Ella fijó su vista y me vio de pie junto a ella en la misma regla» [31].

Esto lo repites, como para dejar muy claro lo que quieres decir: Donde ella está, allí estás también tú [32]. Mónica y tú, madre e hijo, sobre la misma regla de madera: tal vez con ello te refieras a la regla de fe, pero quieres darle otro significado. Se dice que un hijo ha de abandonar a los padres y convivir con una mujer, y que los dos han de ser una sola carne. Pero ella se interpuso entre nosotros y acabó ganando el duelo. Era una mujer poderosa, con grandes ambiciones para sí misma y para su hijo.

Vayamos al libro IX, donde describes tu dolor por su muerte, acaecida en Ostia: «sentía el alma herida y lacerada mi vida, que había llegado a ser una sola con la suya» [33].

Veo que no sientes vergüenza; parece haber olvidado la historia de Edipo y Yocasta, su madre. Él se sacó los ojos, pero tú hubieras preferido verte castrado. ¡Furor poético, Aurelio! A veces resulta muy tentador decir la verdad con una broma, como Horacio sugiere.

Sentiste un vacío en tu vida y quizá por eso me llamaste a tu lado. Pero muy pronto pusiste a Dios en el lugar de tu madre. Él era para ti lo único que te quedaba de ella, una nueva madre. Primero Mónica ocupaba el lugar de

Dios, pero, al morir ella, invertiste el orden. Primero ella se interpuso entre nosotros, luego ocupó el lugar de ella el Dios del Nazareno.

Muchas veces me he preguntado si en el fondo no fue tu propia madre la que te robó la voluntad de amar a una mujer. El que me amaras ¿no fue la razón por la que Mónica se negaba a vivir en la misma casa y a comer en la misma mesa que tú? Recuerda tu libro III, Aurelio. ¿No fue éste también el motivo que le hizo apresurarse a ir a Milán con el propósito de casarte? Recuerda tu libro VI. ¿No fue entonces cuando elegiste a Continencia, al saber que no se llevaría a cabo el matrimonio planeado?

Cuando hubimos cruzado el Arno, me detuviste poniéndome una mano cariñosa en el hombro y me pediste permiso para olerme el cabello. «Vita brevis», dijiste. ¿Por qué dijiste eso? ¿Por qué querías oler mi cabello? ¿Qué era lo que querías sellar?

También me mencionas en tu libro IV. Escribes: «Por aquellos años vivía yo con una mujer, no según lo que se conoce por legítimo matrimonio, sino buscada por el ardor ciego de mi edad, carente de toda prudencia. Pero fue una sola y también le fui fiel» [34].

Al leer que fui buscada por tu ardor ciego carente de toda prudencia, me eché a reír: tu pasión por mí era constante, y muy juiciosa, aunque en algunas épocas ardiera con una llama más débil que en otras. Además yo no era ninguna presa que se busque para ser cazada. Como tú mismo insinúas, vivíamos juntos como esposo y esposa; nos diferenciábamos de los otros en que fue una decisión libre, sin intervención de nuestros padres. Si no me hubieras querido, habrías tenido a otras mujeres, o habrías frecuentado los prostíbulos. No estábamos unidos formalmente y a la gente no le hubiera parecido extraño que me hubieses cambiado por otra concubina. Lo único que se interponía entre nosotros era Mónica, y, poco a poco, también los remordimientos de conciencia que te ocasionaba cultivar tan intensamente nuestro amor, que podía llegar a constituir un impedimento para la salvación de tu alma.

Aludes a Claudio [35], que murió de unas fiebres, cuando escribes: «Yo vivía miserablemente, como vive todo hombre cuya alma es prisionera de las cosas mortales... me sentía enfermo y cansado de vivir; además le tenía miedo a la

muerte» [36]. Más adelante dices: «Cargaba con un alma rota y ensangrentada que no toleraba que yo fuese su portador y a la que no sabía dónde poner. No hallaba sosiego ni en los bosques amenos ni en el canto ni en los juegos ni en los jardines fragantes, ni en los banquetes espléndidos ni en los deleites del lecho y del hogar, ni siquiera en los libros ni en los versos» [37].

Recuerdo muy bien esa época porque no fue fácil para ninguno de los dos. Sin embargo, siempre nos tuvimos el uno al otro y, tras la muerte de tu amigo, yo fui tu único consuelo. Entonces empezaste a buscar una verdad que salvara a tu alma de todo lo percedero. Yo te decía: abrázame fuerte, la vida es muy breve y no es seguro que haya una eternidad para nuestras frágiles almas, tal vez sólo vivamos aquí y ahora. Pero nunca estabas de acuerdo en eso. Tú buscarías sin descanso hasta encontrar la eternidad para tu alma. De alguna manera era más importante para ti salvar tu alma de la perdición que la mía.

Luego, regresamos a Cartago desde Tagaste. Yo me sentía feliz, pues no era agradable para ninguno de nosotros compartir la casa con Mónica. Escribes: «Los días se sucedían unos a otros y, en su ir y venir, depositaban en mí nuevas esperanzas y recuerdos. Poco a poco se iba colmando mi vacío con mis antiguos placeres» [38]. Pero habías sembrado la semilla, sobre ti pesaba ya una nueva carga.

Extraña que no escribas más sobre Adeodato. ¿Lo incluyes tal vez entre tus «antiguos placeres»?

Relatas en tu libro V el viaje de Cartago a Roma: «mi madre lloró amargamente mi partida y me acompañó hasta la orilla del mar. Pero yo la engañé cuando estaba firmemente asida a mí, tratando de convencerme de que desistiera de mi propósito o bien le permitiera ir en mi compañía» [39]. La engañamos, Aurelio. Le hiciste pasar la noche en aquel templo de Cipriano y nos hicimos a la mar, amparados por la oscuridad, con el pequeño Adeodato a sus once años. Recuerdo que bromeabas diciendo que esa noche la reina de Cartago viajaría con Eneas a Roma, y cuando salimos de Cartago me sentí verdaderamente como una orgullosa Dido. Recordé aquella extraña pregunta que me hiciste diez años atrás: que si había estado alguna vez en Roma. Estaba convencida de que hacíamos lo correcto. Si íbamos a emprender una vida juntos, debíamos dejar atrás a Mónica.

Luego tuviste que guardar cama a causa de unas fiebres, pero yo te cuidaba y rezaba por ti. Recuerdo el miedo que tenías a morir. Preguntabas una y otra vez si ibas hacia tu perdición. Aún no habías encontrado una salvación para tu alma: «Mis fiebres arreciaron hasta ponerme en trance de muerte. De haberse producido ésta, adónde hubiera ido sino al fuego y tormentos que mis obras merecían según la justicia de Tu ley» [40].

¡Por Hades, Aurelio!, ¡qué clase de nueva mitología es ésta! ¡Tú, que antaño te burlabas de las antiguas leyendas mitológicas, sigues creyendo en un Dios de la ira que quiere castigar y torturar eternamente a los seres humanos por sus actos! Suerte que no pensabas así cuando la fiebre te atacó en un humilde cuarto en Roma; entonces sólo temías que tu alma fuera hacia su perdición [41]. Yo tenía que procurar aliviar tu angustia con palabras de consuelo extraídas de la filosofía de los estoicos. También hablábamos del Nazareno y la esperanza cristiana. Pero ninguno de los dos nos sentíamos próximos a esas palabras sobre el fuego y los tormentos eternos. Éramos demasiado cultos para ello. ¡Cómo puede un rétor imperial creer en esas cosas!, creer que dentro de unos años el obispo de Hipona Regia estará gozando del santo paraíso de Dios y que Floria Emilia será enviada al fuego y a los tormentos eternos por haberse negado a recibir el bautismo. No, piadoso obispo, deberíais revisar esas teorías cuanto antes; si no, me preocupará que haya cada vez más gente dispuesta a recibir el bautismo y que la Iglesia de Roma crezca. Los dos conocemos la decadencia política por la que está atravesando nuestra sociedad y no deberá extrañarnos que las costumbres y creencias atraviesen una decadencia parecida.

Regreso a mi asunto. No he olvidado cuán rápidamente te curaste de la fiebre y pudiste ponerte de nuevo en pie. Juntos recorrimos la ciudad. Enseñaste Retórica durante algunos meses, a la vez que te nutrías de las conversaciones con los académicos [42]. Siempre me dejabas acompañarte, especialmente cuando ibas a

conocer gente nueva. Te sentías orgulloso, un triunfador, por tenerme a tu lado; no tanto por haberme elegido como por que yo te hubiera elegido a ti.

En ese tiempo conseguiste un puesto imperial como maestro para enseñar Retórica en Milán. El viaje hacia allí fue una gran experiencia, posiblemente porque ésa fue una de nuestras mejores épocas. Quizá aún recuerdes cuando paseamos por la Via Cassia en aquel magnífico día de otoño con Adeodato, un par de amigos y con algunos desconocidos.

Luego llegamos a la antigua ciudad militar de Florencia, a orillas del Arno. ¿Recuerdas cómo nos quedamos extasiados contemplando las colinas cubiertas de nieve que surgían detrás de los árboles? Pero me temo que tú sólo puedes recordar ideas o pensamientos, no te siento capaz de asistir a las experiencias que se aprehenden con los sentidos. Cruzamos el río y te aproximaste a mí mientras atravesábamos el puente. Ibas hablando con alguien pero de repente apareciste a mi lado. Me abrazaste tiernamente y susurraste: «¡La vida es tan breve, Floria!».

Me agarraste con fuerza la mano, como si hubieras decidido no olvidar nunca ese momento, y entonces oliste mi pelo. Notaba tu respiración en mi cuello mientras soltabas mis cabellos y los olías. Era como si quisieras introducirme dentro de ti, como si mi hogar lo contuvieras tú dentro. Creí que ese acto significaba que querías que permaneciéramos siempre juntos porque nuestras almas se habían fundido. Pero esto sucedió antes de que Mónica llegara a Milán, antes de que planeara tu matrimonio, antes de tu encuentro con los teólogos.

Lo que sucedió sobre el Arno no estaba causado por un «apetito carnal» o un «deseo sensual», honorable obispo. Allí, en ese puente, hiciste algo que sabías que me gustaría, fue un gesto hacia mí, una muestra de que me reconocías como tu elegida, aunque las leyes no te lo reconocieran. Fue una muestra de alivio el poder movernos, por fin libremente, en una tierra apartada de Mónica. Éramos como dos fugitivos.

Han pasado los años y muchas cosas han sucedido desde que tú y yo vivíamos juntos en Italia. Sigo insistiendo porque crees que tu Dios te condena por haber encontrado placer en el aroma de mis cabellos y que, para redimir pecados de tan baja índole, hizo clavar en la cruz a su único hijo. También a ti y a mí nos acompañaba un hijo en ese viaje, un hijo que saltaba y corría alrededor de su padre y su madre. ¿Lo verías clavado en una cruz en nombre del amor? Espero, por la salvación de tu alma, que tu Dios tenga un sentido del humor tan desarrollado como el tuyo antes del encuentro con tus teólogos. Incluso quizá tenga un sentido del humor aún más macabro y piense que tu alma se ha

deteriorado tanto desde que cruzamos juntos ese río que ya no es posible salvarla. ¡Donde hay más ingenio, honorable obispo, suele haber menos amor!

Al otro lado del puente había unos comerciantes; a ellos les compraste el camafeo que ahora tengo apretado en mi mano. Dios me perdone por concentrarme en algo «carnal», pero es todo lo que tengo. Yo no he visto ningún resplandor en mi interior, ni he tenido visiones ni oído voces, en ese aspecto soy una mujer simple. No te deseo más que el bien para la salvación de tu alma. La vida es breve y yo sé muy poco. Pero imagina, Aurelio, que no hubiera ningún cielo sobre nosotros, imagina que hayamos sido creados sólo para vivir esta vida. En ese caso, ojalá nuestras almas vuelen sobre el Arno eternamente; pues fue en Florencia donde floreció Floria y fue bajo el sol de un áureo atardecer en el Arno cuando tu frente, Aurelio, brilló como el oro.

Fuiste a ver al obispo Ambrosio a Milán. Escribes de él que le considerabas «hombre feliz, según el mundo, pues gozaba de gran estima entre la gente importante» [43]. Sólo su celibato te resultaba difícil de sobrellevar: sabías que ibas a sufrir grandes tormentos porque cada vez más te ibas convenciendo de que tendrías que rechazar el amor a cambio de la salvación de tu alma.

Más tarde, en aquella primavera, llegó Mónica; por tierra y por mar te había seguido, dices. Se colocó frente a ti y de espaldas a mí, aunque sabía que tú y yo éramos uno. Vino con dos propósitos: el primero era que recibieras el bautismo; el segundo, casarte con una muchacha de posición elevada. Creo que este último fue el más importante. Tú dudaste de todo, pero decidiste, «en consecuencia, ser catecúmeno de la Iglesia de Roma, que me había sido recomendada por mis padres, al menos hasta que pudiera ver claramente una luz que guiara mis pasos» [44]. En el libro VI exclamas: «¡Oh, grandes hombres los de la Academia! Es cierto que no podemos saber nada con certeza sobre cómo dirigir nuestras vidas» [45].

Perdóname la larga transcripción que haré a continuación, pero estas líneas muestran cómo al menos tuviste unos cuantos intentos de reflexión: «Supongamos que la muerte pone fin a todas nuestras preocupaciones al poner término al mundo de los sentidos. Es problema que convendría estudiar. Pero es impensable que esto pueda ser cierto. No en vano, ni por casualidad, la sólida autoridad de la fe cristiana se ha abierto camino por el mundo entero. Nunca habría hecho Dios tantas y tales cosas si al morir el cuerpo se consumara también la muerte del alma. ¿Por qué no dejamos las esperanzas mundanas y nos entregamos totalmente a la búsqueda de Dios y de la vida feliz? Pero vayamos despacio, que también el mundo y las cosas tienen su encanto, y no pequeño. No se han de dejar tan fácilmente, porque sería vergonzoso volver a ellas después de haberlas dejado. Poco falta para que puedas alcanzar alguna honra. ¿Qué más se puede esperar? Tengo muchos e influyentes amigos que, en caso de apuro y a falta de otra cosa, me podrán conseguir, al menos, un cargo de gobernador. Me casaré con una mujer de regular situación económica, para no agravar excesivamente mis gastos. Todo ello será la culminación de mi sueño dorado. Ha habido muchas y grandes personalidades, hombres dignísimos de imitación, que, en compañía de sus mujeres, se consagraron al estudio de la sabiduría.

«Mientras me expresaba en semejantes términos y mientras rolaban estos vientos llevando mi corazón de un lado para otro, iba pasando el tiempo y tardaba en convertirme al Señor. Dilataba día tras día vivir en Ti, pero no aplazaba morir en mí mismo cada día.»[46]

Vivir, aunque aquí lo llames morir; y lo dices tú, que una vez te inclinaste para olerme el pelo cuando cruzábamos el Arno. Luego continúas: «Amaba la vida feliz, pero temía acercarme donde ella estaba y la buscaba huyendo de ella. Pensaba que habría de ser muy desdichado si me privaba de las caricias de una mujer»[47].

Eran mis caricias de las que temías privarte, Aurelio, lo hemos hablado muchas veces. No has sido capaz de escribirlo, será que hay que mostrarse prudente antes de mencionar un nombre.

Hablaste de estos temas con Alipio[48]: «Ninguno de los dos nos inclinábamos, sino muy débilmente, por lo que hay de decoro y honestidad en el matrimonio, cual es la formación de una familia y la educación de los hijos. Estos objetivos tenían poco peso para nosotros. Lo que a mí me atormentaba y esclavizaba principalmente y con dureza era la costumbre de saciar mi pasión insaciable» [49].

Lo que en verdad te atormentaba era que un matrimonio, para el cual yo no era apta sencillamente por carecer de bienes terrenales, implicaría tener que abandonarme. ¿No éramos almas gemelas, entonces? ¿No estábamos tan unidos en cuerpo y alma que el separarnos sería más tarea de un cirujano que de una madre buscándole esposa a su hijo? ¿No tendríamos también que haber pensado en Adeodato, con doce años ya cumplidos? [50]

Escribes: «Se me instaba con empeño a tomar esposa. La pedí en matrimonio y fui aceptado. Mi madre gestionó todo, pues confiaba en que, una vez casado, serían lavados mis pecados por las aguas salvadoras del bautismo» [51].

Mónica entró en mi cuarto. Nunca olvidaré la mañana en que se presentó de repente mientras me estaba aseando. Acababas de irte a la Academia de Retórica, donde ibas a permanecer todo el día. Me ordenó que me fuera. Todo estaba dispuesto y organizado para mi regreso a África, aquella misma tarde salía un grupo de viajeros hacia allí. Tú ya habías hecho la petición de matrimonio con una muchacha y te lo habían concedido. Sus padres habían puesto como condición que yo me fuera de tu lado cuanto antes.

Pensé que así se vengaba Mónica de lo sucedido aquella noche en que la abandonamos en Cartago. Ahora íbamos a ver cuál de las dos era más fuerte. Pero me dijo que eras tú quien la había encomendado enviarme lejos porque no tenías valor para hacerlo tú mismo, como un pastor que no tiene valor para matar a sus propios corderos. ¡Y yo la creí, ése fue mi trágico error! Supongo que

has pensado en mí como si fuera un personaje de tragedia, sacado de la toga de Eurípides. ¡Fui abandonada por mi propio marido por culpa del amor celestial! ¡Eso ocurrió, Aurelio, exactamente eso!

Yo creí que fue tu voluntad el que yo regresara a Cartago, donde años atrás nos habíamos conocido bajo un árbol; pero, cuando nos volvimos a ver en Roma, me juraste que me habías apartado de tu lado sin tu conocimiento ni consentimiento.

Mónica me comunicó también que tú querías mi promesa de que no conocería a ningún otro hombre. Lo interpreté como una señal de que aún no estabas del todo decidido y de que quizá pudiéramos volver a estar juntos algún día. Sigue siendo para mí un gran misterio el que ella hablara así, porque estaba segura de que lo único que le interesaba era que me fuera. Acaso sería para que mi partida me resultase un poco más fácil; tal vez pensó que accedería más fácilmente a recibir el bautismo si no buscaba otro hombre con quien convivir. Pero lo cierto es que pronto me llegó tu carta en la que me rogabas encarecidamente que no me entregara a otro hombre. Incluso decías que probablemente tu matrimonio no se llevara a cabo. Pero lo más importante eran las palabras con las que concluías esa carta enviada desde Milán: «¡Te echo de menos, Floria!».

Ese día te habías llevado a Adeodato a la Escuela de Retórica y ni siquiera pude abrazarle por última vez antes de coger mis cosas y alejarme de ti y de él. Pero me llevé todo conmigo [52].

No hice como Dido, Aurelio, así que tal vez prometí demasiado en aquella ocasión bajo la higuera. Aunque hubiese tenido conmigo a Adeodato, no habría hecho como Medea. Yo me marché.

VII

También cuentas con qué empeño Mónica estaba gestionando el asunto de tu matrimonio: «Ya habíamos solicitado como esposa a una joven a la que le faltaban dos años para tener la edad núbil. Y como esta joven nos satisfacía a todos, debíamos esperar» [53]. Bien creo que deberías haber escrito que te venía bien esperar...

Me decepciona que no digas ni una sola palabra sobre lo que sentiste y pensaste al comprobar que tu madre, sin tu consentimiento, me había separado de ti y de Adeodato. Regresaste a una casa vacía. Yo, con quien habías recorrido el largo camino desde África, ya no estaba. Yo, Aurelio, con quien habías cruzado el Amo, ya no existía. Sólo dices: «Cuando por ser impedimento para mi matrimonio apartaron de mi lado a la mujer con quien compartía mi lecho, el corazón, rasgado por donde más unido a ella estaba, quedó llagado y manando sangre. Ella volvió a África haciéndote voto, Señor, de no volver a conocer a otro hombre y dejando en mi compañía al hijo natural que yo había tenido con ella. Pero yo, desgraciado de mí, fui incapaz de imitar el ejemplo de esta mujer. No pude soportar la espera de esos dos años que me restaban para recibir por esposa a la joven que había pedido en matrimonio, y porque no era un amante del matrimonio, sino un esclavo de mi pasión, busqué otra mujer. Con ello no pretendía tener una esposa sino sostener y llevar íntegra o reforzada aquella enfermedad de mi alma con la mala costumbre, hasta que llegase el tiempo de casarme» [54].

No supe nada de esa mujer hasta leer tus confesiones. ¡Qué vergüenza sentirás, sabiendo que yo jamás me habría entregado a otro hombre! Pero esas palabras son importantes para mí: con ellas admites que en realidad no fui apartada porque te fueses a casar. Habría sido mejor que hubiéramos permanecido juntos mientras esperabas a que esa pobre muchacha estuviera preparada para el matrimonio. Pero no deseabas casarte, sólo querías salvar tu alma de la perdición eterna, pero volviste a caer en tu «pasión», como es habitual en cualquiera. Pobre de ti, Aurelio, empiezo a entender esa imperante necesidad tuya por confesarte. Pero te soy sincera: no me agrada cómo seleccionas lo que quieres confesar.

Supongo que Mónica no desaprobaba tu nueva víctima. Había conseguido poner fin a una relación de muchos años con una mujer a la que amabas en cuerpo y alma; le alegraría saber que esa nueva mujer sólo satisfacía tu «pasión» carnal. Tu madre era una mujer generosa, honorable obispo: no está bien hablar mal de los muertos. Pudo por fin vengarse cruelmente por lo que sucedió cuando nos hicimos a la mar en África.

Vuelvo a copiar de nuevo algo que escribiste y te recordé al comienzo de mi carta: «No se curaba aquella herida mía tras ser arrancado de la mujer con quien compartía mi vida sino que, después de elevada fiebre e intenso dolor, comenzaba a gangrenarse. Cuanto más se enfriaba, más desesperados iban volviéndose los dolores» [55]. Y prosigues: «Lo único que me detenía ante la sima más profunda de los placeres carnales era el miedo a la muerte y a Tu juicio futuro. Este miedo nunca se apartó de mi pecho, a pesar de mis propias y varias opiniones... Me hubiera gustado darle la palma a Epicuro [56], si yo no creyera que, después de la muerte, queda la vida del alma y la sanción de nuestras acciones, algo que él no quiso creer. Si fuéramos inmortales, les decía yo, y pudiésemos vivir en un estado permanente de placer corporal, sin miedo alguno de perderlo, ¿no seríamos felices? ¿Qué otra cosa podríamos desear?» [57].

Es verdad, ¿para qué iríamos a desear algo más? Quiero decir: ¿para qué iríamos a desear algo que tal vez no existiera? Me recuerdas a aquel griego que, habiendo ganado unas cuantas monedas de oro en el juego, quiso ganar más, pero finalmente perdió toda su fortuna jugando [58].

Imagina un frondoso paisaje en donde haya personas y animales, flores, niños, vino y miel. Un paisaje donde también exista un terrible laberinto. Imagínate, santo obispo, tú, antiguo compañero de juegos en el lecho, imagínate ahora perdido en ese profundo laberinto donde no encuentras hilo de Ariadna que pueda guiarte fuera de los oscuros caminos y te permita volver al paraíso en que habitabas anteriormente. En el fondo de ese laberinto reinan teólogos y platónicos y, cada vez que un hombre nuevo entra en su territorio, su número aumenta: pues a todo el que va llegando se le convence de que todo cuanto está fuera es obra del diablo. Te toca ahora a ti ser persuadido, y pronto dejas de querer salir de allí. Es porque tú también te has adherido a esa legión de teólogos, te has convertido en uno de esos antropófagos que viven en las profundidades del oscuro laberinto. Quizá debería llamarlos pescadores de hombres [59]. No olvidas a la mujer que amaste, pero alabas a Dios por haberte separado ya de ella, porque ella ya no te puede tentar. Sólo en tu memoria permanecen aún vivas «las imágenes de aquellas cosas que la costumbre dejó impresas en ella» [60].

Que Dios te perdone. Tal vez esté sentado en algún lugar viendo cómo desprecias sus obras. En tus confesiones escribes repetidas veces que en tu vida anterior estabas donde no está Dios. Pero tal vez sea ahora cuando estás perdido de verdad. También Edipo pensaba que iba por el camino correcto cuando marchó de Delfos a Tebas. Ese fue su trágico error. Todo le hubiese resultado mejor si hubiera vuelto a Corinto, con sus padres adoptivos. A ti te habría sido mucho mejor el regresar a Cartago. Aquí intuimos todavía el amor de Dios en las flores, en los árboles y en Venus.

Quiero mencionarte unas palabras de Horacio: «Piensa que cada día que amanece es tu último día». No es seguro que éste vaya a ser tu último día, pero puede ocurrir que así sea. De igual modo puede pensarse que no existe otra vida después de ésta para nuestras almas. Puede ser, viejo rétor, y quiero que vuelvas a meditar sobre esa posibilidad. Imagina que el obispo de Hipona Regia se haya equivocado.

La vida es breve, demasiado breve. Y tal vez sólo vivimos aquí y ahora. Si fuera así, espero que no hayas estado dando la espalda a esos días, que al fin y al cabo tienen luz, para adentrarte en un oscuro y siniestro laberinto del pensamiento del que yo no puedo rescatarte.

No vivimos eternamente, Aurelio. Eso significa que debemos aprovechar los días que nos son entregados.

Casi al final del libro VI escribes sobre tu alma, a la que amas más que a nada en este mundo: «Dio vueltas y más vueltas, hacia atrás, hacia delante, de lado y boca abajo. Todo lo halló duro, porque Tú eres su descanso» [61].

De nuevo me obligas a pensar en todos esos días y noches que pasamos juntos en Cartago, en donde también encontrábamos un profundo descanso el uno en el otro. Y dijiste que donde yo estuviera, allí querías estar tú. Pero no cumpliste esa promesa. Como un ladrón te apartaste de mí y te adentraste en los escondidos caminos de los teólogos, sin llevarte mi hilo para guiarte.

Comienzas el libro VII con estas palabras: «Ya había muerto mi juventud mala y repugnante y me iba adentrando en la madurez. Cuantos más años tenía, más necia era mi vanidad» [62]. Pero ¿qué es en realidad el pecado, honorable obispo, qué la maldad o la vanidad? ¿No es todo aquello que nos separa de Dios?

Prosigues: «Me resultaba totalmente imposible imaginar una sustancia distinta de la que se puede ver con los ojos» [63]. Pero supón que no exista otra sustancia. En ese caso no te habrías dirigido hacia la luz, sino que te habrías alejado de ella.

¿No te das cuenta de la frondosidad que te ocultan los árboles, Aurelio? ¿Eres aún capaz de ver que hay un mundo que te rodea? Si lo que ves con los ojos terrenales no te place, quizá debieras arrancártelos, aunque eso para mí sería blasfemar.

Continúas diciendo que poco a poco ves con total transparencia y estás seguro «de que todo lo que puede corromperse es peor que lo incorruptible» [64]. Esto parece bastante sensato y meditado, lo admito. Aunque la cuestión es si verdaderamente existe algo «incorruptible», a lo que nuestras almas puedan aferrarse. Si no existe, entonces, en mi opinión, es más insensato buscar lo que no puede corromperse que aquello que es susceptible de corrupción, suponiendo que los ojos no hayan sido ya arrancados y que el obispo de Hipona no se haya castrado por culpa del cielo. Lo siento, es mi exaltación lo que me hace hablar así. Discúlpame.

Continúas hablando de lo que tu ojo interior ha visto y de tu amor a lo que no tiene cuerpo. Siento escalofríos.

Imagina que hubiera alguien con tal poder que enmudeciera el canto de los pájaros sólo porque hubiese oído un canto, aún más bello, en su oído interno. O imagina que hubiera alguien capaz de marchitar todas las flores y árboles porque hubiera inhalado con su olfato interno un aroma aún más delicioso que los de la propia naturaleza. En suma, imagina a alguien con el poder de destruir toda arquitectura y objetos del arte tan sólo porque hubiera caído enamorado de las cosas que no tienen cuerpo.

Para mí los pájaros dejaron de cantar, las flores no tenían ya sus colores de antes, y tampoco había nadie para oler mi pelo ni abrazar mi cuerpo. Compartía el destino de Dido, pero yo jamás me desprendo del camafeo que aprieto en mi mano.

VIII

En tu libro VIII relatas tu conversión en Milán. Así es como encontraste al fin algo de paz. Escribes: «Estaba seguro de Tu vida eterna, aunque la visión que de ella tenía parecía como entre sombras y como a través de un espejo [65]. Habían desaparecido ya todas mis dudas acerca de Tu sustancia incorruptible, de la que mana toda sustancia» [66].

De acuerdo, mi querido Aurelio: tal vez exista un ser incorruptible que haya creado el mundo y todos sus seres vivos, incluidos mujeres y niños. Pero para mí siguen siendo un misterio las conclusiones que deduces de tu fe: «Mi vida mundana me desagradaba profundamente y ya era para mí una carga muy pesada» [67]. Y explicas lo que quieres decir cuando hablas de «vida mundana»: «Me veía aún fuertemente encadenado a la mujer. Ya sé que el Apóstol no me prohibía el matrimonio, aunque me aconsejaba un estado mejor, al desear que todos los hombres fueran como él. Yo, en cambio, hombre más débil, estaba tentado a elegir el partido más fácil y esto mismo me impedía y retardaba una decisión sobre mis demás problemas. Estaba consumido y agotado por la angustia que me producía tener que reconocer, como algo inherente a la vida conyugal que tanto me atraía y arrastraba, que había otras cosas que no quería soportar» [68].

Más adelante añades: «De este modo, mis dos voluntades, una vieja y otra nueva, una carnal y otra espiritual, luchaban entre sí, destrozando mi alma con su enfrentamiento» [69].

Tuvo que ser en esa época cuando me escribiste una carta en la que proclamabas cuánto echabas de menos nuestros abrazos. Pero no te preocupes por esa carta, no se la enseñaré al sacerdote.

Tus confesiones continúan: «Llevaba tan dulcemente la carga del mundo como se lleva un pesado sueño. Cuando meditaba sobre Ti, mis pensamientos se asemejaban al desperezarse de los que quieren despertar y vuelven a caer rendidos, vencidos por la pesadez del sueño. Nadie quiere estar siempre durmiendo, pues todos están de acuerdo en que es mejor estar despierto que no estarlo. No obstante, el hombre demora muchas veces sacudir el sueño, mayormente cuando una pesada somnolencia se apodera de nuestros miembros. Y entonces seguimos durmiendo con mayor gusto, aunque nos desagrade el sueño y sea la hora de levantarnos. Esto mismo es lo que me pasaba a mí: estaba seguro de que era mejor entregarme a Tu amor que ceder a mis deseos» [70].

¡Pero Aurelio, cuántas veces vas a decirlo! Una y otra vez te repites, es algo habitual en ti. Luego sigues: «Muchos eran los años que habían ido desvaneciéndose conmigo, quizá doce, desde que leí a mis diecinueve años el Hortensius de Cicerón, que me estimuló al estudio de la sabiduría. Pero seguía dejando pasar el momento de dedicarme a su búsqueda y renunciar a los goces del mundo. Ello me hubiera dejado libre para otra felicidad cuya búsqueda, no digo ya su descubrimiento, debería haber valorado por encima de todos los tesoros y reinos del mundo y de los placeres del cuerpo por abundantes y fáciles de conseguir que fueran» [71].

Y relatas cómo fue librándote Dios de las cadenas de la concupiscencia de la carne, de los ojos y la ambición del mundo. «Dame la castidad y la Continencia, pero no ahora», le ruegas y luego dices: «Temía que respondieras de inmediato a mi petición y me sanaras demasiado pronto de mi concupiscencia, que yo quería satisfacer más que apagar» [72].

Finalmente tu nueva Amada fue a tu encuentro y te estrechó entre sus brazos, «serena y sonriente, sin malicia» [73].

Casi siento deseos de felicitarte, porque a pesar de todo es como si te hubieras casado. Con una reina invisible, bien es verdad, pero era a Ella a quien deseabas. De esa forma te casaste sin que una nueva mujer tuviera que entrar en la casa de tu madre; así obtuvo Mónica el control de todo, la supongo muy feliz, hecho que tú tampoco intentas ocultar. Consiguió que te casaras y bautizaras a la vez.

Relatas tu gran emoción tras «la conversión», casi escribo «boda»: «estalló una feroz tormenta que se resolvió en abundante lluvia de lágrimas. Para descargarla en su totalidad y dar voces a solas, me aparté de Alipio, la soledad se me antojaba más adecuada para dar rienda suelta a mi llanto, me retiré lo más lejos que pude, para que incluso su presencia no constituyera obstáculo para mí. Él se dio cuenta enseguida de cuál era mi estado de ánimo, pues debí de pronunciar algo cuando me levanté que mostraba en mi voz la inflexión preñada de llanto. En este estado me puse de pie. Él quedó atónito en el lugar donde estábamos sentados. Me hallaba demasiado aturdido y caí derrumbado a los pies de una higuera. Solté las riendas de mis lágrimas y se desbordaron como dos ríos desde mis ojos, sacrificio que Te es aceptable, Señor» [74].

Volviste a buscar refugio bajo una higuera, cerrando así el círculo, pues segura estoy de que pensaste en la nuestra de Cartago. Que si había estado alguna vez en Roma, me preguntaste. Siento escalofríos al pensar en ello porque, a la vista de tus confesiones, lo que entonces sucedió se convierte en algo casi profético.

¿Sería posible que alguna de todas esas lágrimas que derramaron tus ojos fuese por mí?

Cuando caíste rendido al pie de una higuera en Milán, Eneas había encontrado por fin su tierra prometida. Se había consumado: ¡todo había vencido al amor! [75].

Escribes: «Después nos dirigimos Alipio y yo a ver a mi madre. Le contamos todo, con gran gozo de su parte... De tal modo me convertiste a Ti que ya no deseaba mujer ni abrigaba esperanza alguna en este mundo. Estaba firme en aquella regla de fe que muchos años antes Tú le habías revelado a ella que yo abrazaría. Cambiaste su duelo en gozo, un gozo mucho más pleno de lo que ella había deseado, en un gozo mucho más íntimo y casto que el que ella esperaba encontrar en los nietos nacidos de mi carne» [76].

¿No te apresurabas demasiado en desechar las posibilidades de Adeodato en su descendencia? En aquel momento no podías prever su infeliz destino. ¿O el pobre muchacho se dejó también abrazar por Continencia? ¿Quizá ya no le considerabas hijo tuyo? De acuerdo, era bastardo, lo sabemos, pero aún falta por llegar el último acto de la tragedia...

En el libro IX escribes sobre el viaje de vuelta con Alipio desde la finca de Verecundo: «También llevamos en nuestra compañía al joven Adeodato, nacido de mi carne y fruto de mi pecado. Tú, Señor, le habías hecho bueno. Era de quince años apenas mas, por su ingenio, aventajaba a muchos varones doctos y afamados. Dones tuyos eran, Te lo confieso, Señor y Dios mío, creador de todas las cosas y poderosísimo para rehacer nuestras deformidades, pues de este muchacho sólo era mío el pecado. Eras Tú y sólo Tú quien nos inspiraba para que le instruyéramos en Tu doctrina. Dones tuyos eran y yo los reconozco» [77].

Y prosigues: «Hay un libro mío titulado De Magistro. El que ahí conmigo habla es mi hijo. Tú sabes que todas las ideas expresadas en este libro por la persona de mi interlocutor son tuyas, aunque entonces sólo tenía la edad de dieciséis años. Pude comprobar en él otros muchos detalles aún más extraordinarios. Aquella agudeza mental tuya me daba miedo. Y quién sino Tú podía ser el autor de tales maravillas. Pronto arrancaste su vida de este mundo. Ahora le recuerdo con serenidad, precisamente ahora que no temo los avatares de su niñez, de su adolescencia ni del resto de su vida humana» [78].

No oculto el dolor que me produce leer estas líneas. También a mí me da miedo, pero otra es la razón. Yo no sé si fue Dios quien arrancó a Adeodato de esta tierra.

Sólo sé que fuiste tú quien lo arrancó de su madre. ¡Adeodato era mi único hijo, honorable obispo! ¿No fue extinguiéndose bajo tu custodia, hasta que finalmente murió, dejándonos solos a los dos?

Qué tranquilo estarás ahora, libre ya de la preocupación de que también Adeodato pudiera ser tentado bajo una higuera por una mujer caprichosa. Pero yo me habría preocupado aún más si también él se hubiera arrodillado un día ante Continencia, como su esclavo y sometido esposo.

Ahora te imitaré: dejo de lado muchas cosas para acudir más deprisa a lo que me es indispensable. Además, he gastado la mitad de mi fortuna en pergamino y no me quedan ya muchas hojas para seguir con la escritura. De regreso a África llegasteis a Ostia Tiberina. Allí Mónica y tú conversabais «solos los dos, con gran dulzura», buscando «cómo sería la vida eterna de los santos». Llegasteis a la conclusión de que «frente al gozo de aquella vida, el placer de los sentidos carnales, por grande que sea y aunque esté revestido del máximo brillo corporal, no tiene punto de comparación y ni siquiera es digno de que se le mencione» [79].

Tendrás que perdonarme, honorable obispo, pero soy ya una mujer erudita. Me siento, pues, humildemente obligada a insinuar que todo esto parece un conjuro. Imagina si estuvieras equivocado precisamente en punto tan decisivo. En ese caso habrías dado la palma a Epicuro, como dijiste cuando aún estábamos juntos. Me inclino a pensar que Adeodato y tú habrías vuelto a Cartago inmediatamente. Así no habrías tenido elección, también tú habrías tenido que vivir como un hombre aquí y ahora, y creo que habrías tenido amor terrenal suficiente incluso para compartir conmigo y otros más.

La vida es tan breve que no podemos emitir juicio de culpabilidad alguno sobre el amor. Primero debemos vivir, Aurelio, luego podremos filosofar.

Mas no nos olvidemos de Mónica. En Ostia cayó en cama con fiebres. Y tú oíste más tarde que ella, «con maternal confianza», habló con unos amigos tuyos «sobre el desprecio de esta vida y el bien de la muerte» [80].

Ella era una persona piadosa, quiero decir que supo despreciar esta vida. No obstante, me siento obligada a añadir que tal vez eso equivalga a despreciar la obra de la creación divina, ya que ignoramos si Dios nos ha creado algún otro mundo. Me doy cuenta de que empiezo a repetirme, quizá contaminada por esas tantas veces que tú te repites en tus confesiones, honorable obispo. En mi opinión no es más que soberbia el rechazar esta vida, con todos sus placeres terrenales, en favor de una existencia que quizá no sea más que una abstracción. Supongo que no habrás olvidado la crítica de Aristóteles al mundo de las Ideas.

La vida es tan breve, Aurelio, que tenemos derecho a albergar la esperanza de que exista una vida después de ésta. Pero no tenemos obligación de maltratarnos como si esta vida que tenemos fuese un instrumento para alcanzar una existencia de la que nada sabemos. Existe además otra cuestión sobre la que no

meditas en ninguno de tus libros. En calidad de rétor imperial, deberías haberte planteado la posibilidad de que exista una vida eterna para determinadas almas, pero con un criterio de salvación distinto al que tú parece dar por establecido. En mi opinión, cultivar el amor carnal con la mujer amada no es necesariamente un pecado mayor que separar a esa mujer de su único hijo. Yo disfruto pensando que ese Dios que creó Cielo y Tierra es el mismo Dios que creó a Venus. ¿Recuerdas cuando yo estaba encinta, o la época en que amamantaba al pequeño Adeodato? Incluso entonces te atrevías a tocarme, y no buscabas a ninguna otra. ¿Fue ésa la época en que más lejos estabas de Dios?

No pretendo decir que sepa algo de todo esto. Sólo digo que no sé nada. Ni siquiera digo que no crea en el juicio de Dios. Sólo digo que tal vez crea también en lo condenable de dar la espalda a todos los placeres, a todo ese calor y a toda esa ternura que ahora rechaza el obispo de Hipona Regia. ¡Éstas son las confesiones de Floria!

Mónica murió al noveno día de su enfermedad, cuando ella tenía cincuenta y seis años y yo treinta y tres, fue entonces cuando «aquella alma fiel y piadosa quedó liberada de su cuerpo» [81]. Luego añades: «Al rendir ella el último suspiro, mi hijo Adeodato rompió a llorar a gritos». Pero tú pensabas «que no era decoroso celebrar aquel entierro entre gemidos y sollozos con los que muchas veces se suele lamentar la miseria de los que mueren o su total extinción. Mi madre, ni moría miserablemente ni moría del todo» [82].

¡Que descanse en paz, obispo! No ocultas que tú también sufriste, que sufriste mucho, y que en cuanto te quedabas solo dabas rienda suelta a tus lágrimas; aunque también te avergüenzas de haber derramado lágrimas por tu madre, ya que podía interpretarse como si aún tuvieras sentimientos terrenales.

¿Recuerdas que en una ocasión hablamos de la soberbia de los héroes griegos [83]? Me parece oportuno recordarte que tú no eres más que un ser humano [84]. Recordando a Cicerón: hasta cuándo, Aurelio, vas a abusar de mi paciencia. Poco importa que intentes dar la vuelta a las cosas, también tú tienes «sentimientos terrenales», quiero decir que, sin más, tienes sentimientos porque ¿qué otros sentimientos se podrían tener?

Luego llegó esa segunda carta tuya.

Después del entierro de Mónica en Ostia [85], marchaste a Roma con Adeodato y allí permanecisteis cerca de un año. Pero, honorable obispo, nada dices en tus

confesiones sobre ese año. ¿Por qué?, ¿existe a pesar de todo un límite para tu necesidad de confesarte?

«Confesar es medicina para el que ha errado», escribe Cicerón. Pero tú no confiesas tus errores más importantes. ¿Cómo puedes borrar sin más el último acto de la tragedia? Pues qué habríamos aprendido de la tragedia si se omiten esos errores...

Después de la muerte de Mónica caíste, aparentemente, en un estado de duda y vacío. Te encontrabas solo, con un hijo, Mónica había desaparecido y me echabas de menos a mí; Aurelio, me echabas de menos. Lo mismo le ocurriría a Adeodato, que hacía dos años que no me veía. Nunca más me volvería a ver, tampoco yo a él.

En esa carta me decías que Mónica había muerto. No te importunaré repitiéndotelo todo aquí, pero tenías mucho interés en decirme que tu compromiso de matrimonio se había roto hacía ya tiempo y que probablemente nunca te casarías. Quizá convenga que te recuerde la despedida de la carta: «¡Te echo de menos, Floria! ¡Desearía tanto que estuvieses ahora junto a nosotros! Quiero verte, y a la vez no quiero. Quiero pero no puedo, y no puedo aunque quiero».

Así de difícil resulta a veces a los seres humanos decidirse, no es de extrañar que en alguna ocasión se elija el camino equivocado. «Veo el bien y lo apruebo, pero hago el mal», escribe Ovidio [86].

Permitiste a Adeodato escribir un pequeño saludo a su madre. ¡Qué conmovedor, Aurelio, qué consideración hacia él!, ya que supongo que se alegraría, después de haber transcurrido dos años desde que él y yo nos viéramos por última vez.

La añoranza era recíproca, y yo interpreté tu carta como una señal de que querías verme, por ese motivo me dispuse a partir hacia Roma. Tuve suerte y al cabo de unos días me surgió la posibilidad de embarcar.

Había una frase que retumbaba insistentemente en mis oídos: que si había estado alguna vez en Roma. Al llegar allí por segunda vez, y en esa ocasión completamente sola, tuve que indagar en algunas comunidades. Al cabo de un par de días, nos encontramos en el monte Aventino y pudimos por fin abrazarnos de nuevo.

Permanecemos enlazados durante un largo instante, mirándonos profundamente a los ojos, hasta donde alcanzaban nuestras miradas. ¿No te pareció que en ese momento éramos como una sola alma que, de alguna manera, se reflejaba en sí misma? Entonces exclamaste, quizá lo recuerdes: ¡Te quedarás conmigo para siempre!

No tuviste «caída» cuando durante algunas semanas reanudamos nuestra anterior vida en común. Es mi opinión que renaciste tras haber vivido en el valle de las sombras de los teólogos y, por ello, que no hace falta confesar ni a Dios ni a los hombres lo que ocurrió durante ese tiempo. Espero que el motivo por el que no escribes nada en tus libros sobre este periodo sea por lo que sucedió más adelante.

Recordarás que nos quedamos contemplando desde el foro la nieve que se había posado sobre los palacios imperiales. Notaste que tenía frío y me estrechaste tan fuerte contra tu cuerpo que pude notar cómo se calentaba tu sangre. Recuerdo que me volví hacia ti y te dije que eras un libertino. Pero yo quería lo mismo que tú. Éramos dos seres con una única voluntad.

No podíamos vivir bajo el mismo techo, porque no querías que Adeodato lo supiera, al menos no tan pronto, dijiste. Yo ansiaba estar con él, pero tú considerabas que quedaría muy decepcionado si finalmente no llegaba a hacerse realidad nuestra reconciliación definitiva. Pagaste por una habitación en el Aventino, un lugar donde podíamos vernos completamente a solas.

Cómo poder olvidarnos de ese invierno, Aurelio. De nuevo estábamos cerca de Venus, jugando libremente en sus brazos. Entonces dijiste que te sentías como un árbol marchito que de repente hubiese renacido, porque por fin, tras una larga sequía, había llegado la lluvia.

Ahora seré breve, y no sólo con el fin de protegerte a ti. Una tarde, cuando habíamos compartido de nuevo los regalos de Venus, te volviste de pronto airado hacia mí y me golpeaste. ¿Recuerdas que me golpeaste? ¡Tú, precisamente tú que antaño fuiste un respetable profesor de Retórica, me pegaste brutalmente porque te habías dejado tentar por mi ternura! Sobre mí recayó la culpa de tu deseo. Ya te cité a Horacio, y gustosamente vuelvo a hacerlo: Cuando un necio quiere evitar cometer un error, incurre en el error contrario.

Obispo, pegaste y gritaste porque me había convertido de nuevo en una amenaza para la salvación de tu alma. Cogiste una vara y me golpeaste de nuevo. Pensé que querías acabar con mi vida porque eso hubiera sido para ti lo mismo que castrarte. Pero yo no temía por mi vida, sólo estaba destrozada, tan decepcionada y avergonzada de ti que recuerdo claramente que deseé que me mataras ya de una vez.

De repente, me convertí en algo a lo que no podías sencillamente dar la espalda con el fin de salvar tu alma: me había convertido en el sangrante chivo expiatorio necesario para que se te abrieran las puertas del cielo.

No olvidaré cómo lloraste luego. Habías dejado de golpearme, pero mi cuerpo tenía ya heridas que sangraban. Llorabas y me consolabas, rogándome perdón. Que todo había cambiado mucho desde la ausencia de Mónica, argumentabas.

Juntaste las manos y nos pediste perdón a Dios y a mí. Fuiste a buscar telas para vendar mis heridas. Yo sólo sentía frío y miedo, frío porque sangraba, miedo porque había visto una especie de maldad que no sospechaba.

Fue como si hubiese dado comienzo una nueva época.

La anterior había acabado en el momento de cruzar juntos el Arno. Luego llegaron años de mucha duda y confusión. Esta nueva época se inició cuando me diste el primer golpe. Yo en mí tenía un único pensamiento: ¡tú, precisamente tú, Aurelio!

Me enviaste de vuelta a Cartago. Luego no volví a saber nada más de ti hasta que, dos años más tarde, murió Adeodato.

La tragedia ha dado fin, obispo. Sólo queda ya la representación de los sátiros [87], pues también he copiado algunos extractos de tu libro X.

He comentado en repetidas ocasiones cómo analizas sentido por sentido y placer por placer, a la vez que alabas al Señor por haberte dejado casi totalmente desprovisto de sentimientos terrenales. No obstante, debes admitir que te resulta difícil regular tu ingestión diaria de alimentos para que quede limitada a la que estrictamente es necesaria para tu salud. Expuesto a este tipo de tentaciones, luchas cada día «contra la concupiscencia del comer y del beber». Y añades: «No es cosa que se pueda cortar drásticamente de una vez para siempre, determinado a no volver a hacerlo, como hice con mis apetitos carnales» [88].

Hemos vuelto al punto al que yo quería llegar. Escribes: «Me mandaste que me abstuviera del trato carnal con mujer. Y después me aconsejaste algo mejor que el matrimonio que me permitías. Y como fuiste Tú quien me concedió esta gracia, lo logré incluso antes de convertirme en dispensador de Tu sacramento. En mi memoria, de la que tan extensamente he hablado, siguen viviendo las imágenes de aquellas cosas que quedaron grabadas por la costumbre. Cuando estoy despierto se agolpan sobre mí languidecidas, pero es en sueños cuando me arrastran a la delectación e incluso al consentimiento y a algo muy parecido al acto real. Y es tanta la fuerza ilusoria de aquellas imágenes en mi alma y en mi carne que estas falsas visiones, estando dormido, llegan a persuadirme de lo que, cuando estoy despierto, no logran las cosas reales. ¿Es que cuando duermo no soy yo mismo, Señor Dios mío?» [89].

No, Aurelio, quizá sólo seas una sombra de ti mismo. Habría sido mejor que fueses esclavo sobre la tierra que sumo sacerdote en el siniestro laberinto de los teólogos [90]. Una vez más ruegas a Dios que te asista en estas cuestiones:

«¿Es que no es poderosa Tu mano, Dios omnipotente, para sanar todas las enfermedades de mi alma y extinguir con una mayor profusión de Tu gracia los movimientos lascivos de mis sueños?... para que mi alma, libre de la concupiscencia viscosa, vaya tras de Ti y no se rebele contra sí misma; para que ni aun en sueños cometa actos tan vergonzosos como la polución del cuerpo, junto con las imágenes sensuales, sino que ni siquiera consienta en ellas. Para un ser todopoderoso como Tú no es gran cosa... el hacer que ya nada me deleite o me deleite tan poco que pueda rechazarlo fácilmente mientras duermo y se trate de un afecto puro» [91].

¡Pobre Aurelio! Quien mucho desea, mucho añora, escribe Horacio. Tienes casi cincuenta años; me siento tentada a decir que estoy impresionada. Además, me siento orgullosa de haberte causado una impresión tan imborrable. En absoluto pude imaginar aquel día de primavera en Cartago, cuando viniste a sentarte conmigo bajo la higuera, que nuestro amor sería tan tormentoso. Los «apetitos de la carne» no se extinguen mediante la continencia, eso ya lo he comprendido: ¡el lobo sólo cambia de piel, honorable obispo, no cambia de naturaleza! O, como diría Xenón: ¿Por qué es tan difícil escapar a la propia sombra?

O sea que si la comida o el amor nos saben bien, tenemos que huir de ambos. También escribes que estás dispuesto a prescindir para siempre de las tentaciones del olfato. Yo me pregunto entonces, honorable obispo: qué queda entonces de nuestra vida sobre la tierra. Porque también el oído acecha, según tú, con sus peligrosas tentaciones: «Más intensamente me subyugaron y rindieron los deleites del oído, pero Tú has roto sus ligaduras y me has liberado de ellos. Confieso que todavía encuentro algún deleite en la música de los himnos animados por Tus palabras cuando se cantan con voz suave y melodiosa... El resultado es que peco en estas cosas sin darme cuenta, hasta que luego reparo en ello» [92]. A veces te gustaría apartar de tus oídos las maravillosas melodías que acompañan el salterio de David, y no sólo de tus oídos, dices, sino de los oídos de la mismísima Iglesia. Y prosigues: «me parece más acertado lo que he oído decir muchas veces de Atanasio, obispo de Alejandría. Éste hacía cantar al lector los salmos con una modulación tan tenue que más parecía recitarlos que cantarlos» [93]. Pobres feligreses, honorable obispo. ¿No debería el arte ser una adoración a Dios y la adoración a Dios un arte?

Has dejado de amar, Aurelio. De igual modo has dejado de disfrutar de la comida, has dejado de oler las flores, y casi has dejado de escuchar el canto de los salmos. Añades: «Quiero confesarme del placer de estos ojos de mi cuerpo, que me queda aún por tratar... Los ojos aman las formas bellas y variadas, los colores nítidos y luminosos. Que mi alma no quede cautivada por estas cosas y sea Dios quien la captive, que fue quien las hizo; pues Él es mi bien y no ellas». Luego suspiras profundamente diciendo que la luz corporal «sazona la vida mundana de sus ciegos amantes con su estimulante y peligrosa dulzura». Luego continúas: «Cuántas e innumerables cosas han añadido los hombres para halago de los ojos gracias a la diversidad de estilos y formas en el vestido, el calzado, vasos, muebles y cosas semejantes, así como también en pinturas y otras distintas representaciones, fruto de su imaginación. Todas ellas van más allá de la necesidad, conveniencia y sentido religioso que deberían tener. Todas ellas no son más que un nuevo pábulo a los atractivos de los ojos, pues los hombres, al hacer esto, buscan fuera de ellos mismos lo que piensan por dentro. Y abandonando en su interior al que ha hecho todas estas cosas, destruyen de esa manera lo que son» [94]. Acaso olvidas que es esta calidad de criatura la que nos hace deleitarnos con la creación divina, honorable obispo. De nuevo me siento tentada a recordarte que nunca es tarde para seguir el ejemplo de Edipo.

A modo de conclusión adviertes contra las tentaciones a las que puede conducir la curiosidad humana: «Radica en el alma y se expresa o manifiesta a través de los sentidos del cuerpo. Consiste no en el deleite de la carne, sino en servirse de ella para tener experiencia de las cosas. Dicha curiosidad tiene su raíz en el apetito de conocer. Ahora bien, en el orden del conocimiento sensible, los ojos ocupan el lugar principal y la palabra de Dios la ha denominado "concupiscencia de los ojos"» [95]. Así escribes, Aurelio, tú que fuiste nombrado profesor imperial de Retórica en Milán. Si hubieras guardado silencio, podrías haber seguido pasando por filósofo [96].

Más adelante adviertes contra el peligro de que nuestra mente se deje cautivar por el curso de las estrellas, o por un galgo que corre detrás de una liebre. Pones ejemplos concretos e insistes en lo fácil que resulta caer en la tentación de dejarse distraer por lo que captan los ojos. Escribes: «¿Qué decir de las veces que estando sentado en casa me detengo a contemplar cómo la salamanquesa caza las moscas o la araña las atrapa cuando han quedado enredadas en su tela? ¿No es el efecto el mismo, a pesar de ser animales pequeños? Bien es verdad que después me elevo hacia Ti y Te alabo por ello, Creador admirable y Ordenador de todas las cosas; pero mi impulso primero no es verlas con esa intención. Una cosa es levantarse presto y otra no caer» [97].

Estas palabras me hacen pensar en Ícaro. Se elevó muy deprisa, pero pronto cayó al mar: pronto se olvidó de que sólo era un ser humano. Si te gusta más la comparación, puedo recordarte también qué les ocurrió a los babilonios cuando intentaron construir una torre tan alta que llegara hasta el mismísimo cielo...

Yo escribo con la misma sinceridad que tú, honorable obispo, y la carta no se ruboriza, como diría Cicerón. Pienso que has de estar agotado después de todo cuanto te ha sucedido, completamente agotado; no intentas ocultarlo. Ojalá me regalaras a mí, quiero decir al mundo de los sentidos, algunas horas de tu vida sobre la tierra. ¡Sal afuera, Aurelio; sal afuera y tumbate bajo una higuera. Abre tus sentidos, aunque sólo sea por una última vez! Hazlo por mí y por todo lo que nos dimos el uno al otro. Respira hondo, escucha el canto de los pájaros, mira el firmamento e inhala todos los olores. Todo eso es el mundo, Aurelio, está aquí y ahora. Aquí, ahora. Has estado en el laberinto de los teólogos y los platónicos. Pero ya no, has vuelto a casa, al mundo, al hogar de los seres humanos.

¡El mundo es tan grande, y sabemos tan poco de él...! También la vida es demasiado breve. ¿No recuerdas que decías cosas parecidas cuando aún leías a Cicerón?

Tal vez no exista ningún Dios que negocie con nuestras pobres almas. Tal vez exista un Dios cariñoso que nos ha creado el mundo para que vivamos en él. Ay, Aurelio, si estuvieras tumbado ahí fuera bajo la higuera, con uno de sus frutos en la mano, yo acudiría a besar tu frente cansada. Aplastaría esa horrible y forzada palabra «continencia», pues es verdad que aún pesa como un yugo sobre tu mente. Quizá lo único capaz de salvarte sea un abrazo mío. Por qué habrá tanta distancia entre Cartago e Hipona Regia.

Me ocuparé de que recibas esta carta, que te ruego leas, aunque ya no albergo esperanza alguna de que estas palabras lleguen hasta tu corazón. Así he desperdiciado mi aceite y mis esfuerzos [98].

Tengo miedo, Aurelio. Tengo miedo de qué puedan llegar a hacer algún día los hombres de la Iglesia a mujeres como yo. No sólo por ser mujeres sino porque, creadas por Dios como tales, os tentamos a vosotros, tal y como Dios os ha creado, como hombres. Piensas que Dios ama más a los eunucos o castrados que a los hombres que aman a una mujer. Ten cuidado, pues, con alabar la creación de Dios, porque Él no ha creado al hombre para que se castre.

No puedo olvidar lo que pasó en Roma, y eso que ya no pienso en mí; en realidad no fui yo a quien atacaste aquella vez, fue a Eva, honorable obispo: fue a la mujer. Y no quiero que olvides que quien comete una injusticia contra una persona, amenaza a muchas [99].

Siento escalofríos porque temo que lleguen tiempos en los que las mujeres sean asesinadas por hombres de la Iglesia de Roma. Pero ¿por qué se las habría de matar, honorable obispo? Porque os recuerdan que habéis renegado de vuestra propia alma y atributos, pensáis. ¿Y en favor de quién? En favor de un Dios, decís, en favor de Él que ha creado el firmamento que os cubre y la tierra sobre la que viven las mujeres que os dan a luz.

Si Dios existe, que Él os perdone. Tal vez un día seréis juzgados por todos esos placeres a los que habéis dado la espalda. Negáis el amor entre hombre y mujer. Eso tal vez pueda perdonarse. Pero no olvides que lo hacéis en nombre de Dios.

La vida es breve y sabemos demasiado poco. Pero si fuiste tú quien se ocupó de que me llegaran tus confesiones para que las leyera aquí en Cartago, la respuesta es no: no recibiré el bautismo, honorable obispo. No temo a Dios. Tengo la sensación de que ya vivo con Él. ¿Acaso no fue Él quien me creó? Tampoco es el Nazareno quien me detiene, tal vez Él fue realmente un hombre de Dios. Además,

¿no fue Él justo con las mujeres? Son los teólogos los que me inspiran temor. Que el Dios del Nazareno os perdone por toda la ternura y amor que rechazáis.

Yo he hablado y he redimido mi alma. ¡Y ahora, honorable obispo, a beber! [100]
Estoy sentada bajo nuestra vieja higuera en Cartago. Florece [101] por tercera vez este año, pero no da frutos [102]. Queda en paz.

Epílogo

Me han quedado muchas preguntas sin responder. ¿Envió Floria la carta a Aurelio o no se atrevió? En la carta se dice que teme lo que los hombres de la Iglesia puedan llegar a hacer con mujeres como ella. Pero, como se desprende de algunas de mis notas a pie de página, estoy bastante convencido de que efectivamente la carta fue enviada al obispo de Hipona Regia. Cabe también la posibilidad de que el escrito haya permanecido oculto a través de la historia de la Iglesia católica. Aunque hubieran existido varias copias, eso no significa que haya tenido que llegar a mucha gente. También puede haber ocurrido que el pergamino original, intencionadamente o no, haya permanecido completamente oculto hasta que apareció en el siglo XVI y lo copiaron. Pero ¿qué ocurrió luego ?

Tal vez mi ejemplar del «Codex Floriae» haya permanecido en la biblioteca de algún convento hasta que recientemente volvió a aparecer y, como hemos visto, fue vendido a esa pequeña librería de viejo en Buenos Aires. El propietario me dijo que quería proteger a sus clientes: también un cura, por no decir una monja, puede hallarse en circunstancias que supongan ciertas necesidades pecuniarias...

En cuanto a la transmisión, existe, en mi opinión, otra posibilidad. Independientemente de que Agustín recibiera o no la carta de Floria, podemos suponer que los árabes encontraron una copia, o el original de la carta, en alguna biblioteca perdida cuando invadieron el Norte de África en el siglo VII y podrían haberla llevado a España, desde donde el pergamino, conservado y oculto durante siglos, podría haber sido llevado a América del Sur por los misioneros españoles y una vez allí fuera copiado. Lo que no sé si existirá todavía es el pergamino original.

Pero hay otra pregunta que me interesa más: ¿cuál sería la reacción de Agustín al leer la carta de su antigua concubina? ¿Qué hizo con la carta y qué hizo con Floria ? Lo más probable es que jamás lleguemos a saber con certeza si Agustín recibió el escrito.

Yo, por mi parte, fui tremendamente ingenuo al no pedir ni siquiera un recibo a la Biblioteca del Vaticano.

Jostein Gaarder Oslo,

8 de agosto de 1996

Notas:

0 La edición en castellano de *Vita brevis* se ha adecuado, por indicación del autor, a nuestra cultura, de mayor familiaridad con las tradiciones latina y cristiana. Debido a ello, se han suprimido aquellas notas que en la edición noruega servían para aclarar conceptos no propios de la cultura escandinava, pero que resultaban obvios para un lector español.

En nuestra edición se han consultado las traducciones publicadas por la Biblioteca de Autores Cristianos y Alianza Editorial. Traducciones de José Cosgaya y Pedro Rodríguez de Santidrián, respectivamente. (N. del E.)

1 Floria emplea la palabra latina *auditora*.

2 Conf. VI, 1.

3 *Ibid.*

4 No he conseguido localizar la cita a la que se refiere Floria.

5 En realidad, «la perdición del amor».

6 Conf. VIII, 11.

7 El escrito al que se refiere Agustín en *Confesiones* es el *Hortensius* de Cicerón, hoy perdido. Conf. III, 4.

8 Floria alude a una expresión sacada de las sátiras de Juvenal: *Vitam impendere vero*.

9 Una alusión a la sentencia: *Amicus Plato, sed magis amica veritas* (Platón es amigo, pero es más amiga la Verdad), que está tomada de la vida de Aristóteles por Ammonius Saccas, que lo atribuye a Sócrates.

10 Supongo que Floria se refiere aquí a obras de otros autores.

11 Conf. IX, 6.

12 Ciertamente Séneca dice que se debe escuchar a la otra parte, pero también aparece como cita de Agustín: *audiatur et altera pars*, en *De duabus animabus contra Manichaeos*, del año 391. Es probable que Floria conociera este opúsculo de Agustín. Personalmente prefiero imaginar que es Agustín quien en *De duabus animabus* expresa lo que Floria le recordó en el foro romano en el invierno del año 388.

13 Conf. I, 2. Véase también Romanos 11:36.

14 Conf. I, 7.

15 Conf. I, 11.

16 Conf. X, 32.

17 Conf. X, 31.

18 Conf. II, 1

19 Conf. II, 2.

20 Conf. II, 6.

21 Recogido en Conf. II, 2. Véase también 1 Corintios 7:1.

22 Conf. II, 2. Véase también Mateo 19:12. Este versículo de Mateo incitó a algunos de los primitivos cristianos a dejarse castrar, entre ellos a Orígenes (185-254), padre de la Iglesia. En la Vulgata, la traducción latina de la Biblia empleada por Agustín, el versículo está traducido como sigue: Sunt enim eunuchi qui de matris utero sic nati sunt; et sunt eunuchi qui facti sunt ab hominibus; et sunt eunuchi qui se ipsos castraverunt propter regnum caelorum; qui potest capere capiat.

23 Conf. X, 30.

24 Conf. III, 1.

25 Floria cita a Horacio.

26 Conf. III, 1.

27 Conf. IV, 8.

28 Floria escribe scortum, que, según distintos autores, significa «pellejo», «cuero», pero también «ramera», «prostituta».

29 Aquí Floria parafrasea las palabras de un antiguo rito matrimonial.

30 Conf. III, 12.

31 Conf. III, 11.

32 Véase nota 29. Al leer esta frase de Agustín, es posible que muchos de sus contemporáneos la asociaran con la vieja fórmula de las bodas romanas.

33 Conf. IX, 12.

34 La cita continúa así en Conf. IV, 2: «La vida con ella me hizo ver por propia experiencia la distancia que hay entre el amor conyugal, pactado para generar los hijos, y el pacto del amor lascivo, en el que los hijos nacen contra el deseo de los Padres, aunque una vez nacidos se sientan obligados a quererlos». Floria ni siquiera se molesta en comentarlo. Ella deseará subrayar lo contrario, es decir, que convivieron como cónyuges.

35 En sus Confesiones, Agustín no llega a mencionar el nombre de este amigo.

36 Conf. IV, 6.

37 Conf. IV, 7.

38 Conf. IV, 8.

39 Conf. V, 8.

40 Conf. V, 9.

41 La «perdición del alma» aquí no debe confundirse con la idea cristiana del Juicio Final, pues se refiere a la creencia que hubo en la Antigüedad de que algunas almas se perdían y otras podían llegar a merecer existencia eterna.

42 Es decir, los escépticos. El propio Agustín los describe con las siguientes palabras: «habían sido los más prudentes, porque habían adoptado como principio dudar de todo y de todos y la imposibilidad de que el hombre pueda conocer con certeza» (Conf. V, 10).

43 Conf. VI, 3.

44 Conf. V, 14.

45 Conf. VI, 11. Véase nota 42.

46 Conf. VI, 11.

47 Ibid.

48 Amigo y antiguo alumno de Agustín. Alipio viajó a Roma antes que Agustín para estudiar Leyes. Juntos viajarían más tarde a Milán. (Conf. VI, 7-10.)

49 Conf. VI, 12.

50 Es probable que Agustín tuviera serios problemas de conciencia por haber abandonado a su concubina, aunque sea un tema que no se toca en absoluto en sus Confesiones, en las que no dedica ni un pensamiento a las heridas que debió de causar a Floria. En el opúsculo *De bono coniugali* (La bondad del matrimonio, del año 401), escrito en la época en la que Agustín podría haber recibido la carta de Floria, señala, no obstante, que un hombre que arroja de su lado a una fiel concubina con el fin de casarse con otra mujer comete adulterio. No todos los cristianos de la época compartían este modo de pensar. Hasta bien entrada la Edad Media era normal que un hombre tuviera una concubina antes de casarse. El obispo León de Roma (san León I Magno) permitía, por ejemplo, a mediados del siglo V, que hombres cristianos abandonaran a su concubina para casarse. Este procedimiento no era considerado ni divorcio ni bigamia sino, al contrario, una mejora moral, idea a la que, como hemos visto, Agustín se opuso. Un hombre que inicia un concubinato debe mantenerse fiel a su concubina y no casarse luego con otra mujer.

Me resulta interesante plantearme la cuestión de si Agustín, tan poco tiempo después de haber escrito sus Confesiones habría adoptado este punto de vista, es decir, la defensa del estado «matrimonial» de la concubina y sus derechos, si no hubiera leído la carta de Floria. Así, Floria tal vez tuviese razón al decir que su carta a Aurelio era una carta a toda la Iglesia cristiana. Incluso en 1930 el papa citó frases del opúsculo *La bondad del matrimonio*, quizá, sin saberlo, también él influido por la carta de Floria. Sin embargo, tengo mis razones para pensar que tanto él como anteriores papas han tenido cocimiento de este *Codex Floriae*.

51 Conf. VI, 13.

52 Debe de ser una alusión a Cicerón, quien atribuye la frase *Omnia mea mecum porto* al filósofo griego Bías, que tuvo que huir del enemigo sin poder llevarse nada y, sin embargo, se llevó todo consigo, es decir, lo único que tenía un verdadero valor: su sabiduría y su experiencia.

53 Conf. VI, 13. En esa época, la edad para casarse era entre los doce y trece años.

54 Conf. VI, 15.

55 Ibid.

56 Epicuro (341-270 a. C.) decía: «La muerte no nos atañe... Porque mientras existimos la muerte no existe. Y cuando llega la muerte, nosotros ya no existimos». Hizo el siguiente resumen de su filosofía liberadora con lo que él llamaba las «cuatro hierbas curativas»: «Los dioses no son de temer. La muerte no es de preocupar. Es fácil conseguir el bien. Lo terrible es fácil de soportar».

57 Conf. VI, 16.

58 No he conseguido averiguar a quién se refiere Floria.

59 La Vulgata, la traducción latina de la Biblia probablemente utilizada por Floria, dice en Marcos 1:17: *Et dixit eis Iesus: venite post me et faciam vos fieri piscatores hominum*. Véase también Mateo 4:19.

60 Conf. X, 30. Me pregunto si Floria escribe estas palabras en un intento deliberado de formular la contrapartida al mito de la caverna de Platón, que ella sin duda conoció.

61 Conf. VI, 16.

62 Conf. VII, 1.

63 Ibid.

64 Conf. VII, 1.

65 Vease I Corintios 13:12. En la traducción de la Vulgata: Videmus nunc per speculum in enigmate, tunc autem facie ad faciem, nunc cognosco ex parte, tunc autem cognoscam sicut et cognitus sum (Ahora vemos como por medio de un espejo, confusamente; entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de una manera imperfecta; entonces conoceré de la misma manera en que soy conocido).

66 Conf. VIII, 1.

67 Ibid.

68 Ibid.

69 Conf. VIII, 5.

70 Ibid.

71 Conf. VIII, 7.

72 Ibid.

73 Conf. VIII, 11.

74 Conf. VIII, 12.

75 Floria escribe: omnia vicerant amorem. Como puede apreciarse, ha dado la vuelta a la frase de Virgilio omnia vincit amor (el amor lo vence todo).

76 Conf. VIII, 12. Véase también Salmos 30:11.

77 Conf. IX, 6

78 Ibid.

79 Conf. IX, 10.

80 Conf. IX, 11.

81 Ibid.

82 Conf. IX, 12.

83 Consúltese la palabra griega *hybris*, «desmesura o ira de los hombres», cuya contrapartida es *nemesis*, «ira de los dioses». Pero, en su carta, Floria utiliza la palabra latina *superbia*.

84 Estas palabras eran susurradas al oído de los vencedores en su marcha triunfal por Roma.

85 La tumba de Mónica fue encontrada en el verano de 1945 delante de la iglesia de Santa Áurea por dos muchachos que estaban excavando un agujero para colocar un poste de baloncesto.

86 Véase Romanos 7:19. En la Vulgata: *Non enim quod voló bonum hoc fació sed quod nolo malum hoc ago* (No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero).

87 En el Clasicismo, las representaciones de las tragedias griegas eran seguidas de los llamados «juegos de sátiros». Intuyo una buena dosis de ironía en la descripción que hará Floria al libro X de Agustín como «juego de sátiros», en

donde un obispo (medio divino) sigue lamentándose hasta el fin de sus deseos y necesidades carnales.

88 Conf. X, 31.

89 Conf. X, 30.

90 Floria alude probablemente a las palabras de Aquiles sobre la vida de sombras en el reino de la muerte (véase *Odisea*, XI, 489-491). De esta manera Floria convierte a Agustín en un muerto viviente -en el reino de la muerte de la Iglesia-, del mismo modo que él, innumerables veces, compara una vida «en concupiscencia» con la muerte.

91 Conf. X, 30.

92 Conf. X, 33.

93 Ibid.

94 Conf. X, 34.

95 Conf. X, 35.

96 Esta es, en mi opinión, la frase más extraordinaria de Floria. La expresión nos es conocida a través del libro *De consolatione philosophiae*, de Boecio (c. 480-524), es decir, unos cien años después de la carta de Floria. Para mí este hecho se convierte en un claro indicio de que Boecio, directa o indirectamente, conoció la carta de Floria o, al menos, algunas partes de ella. Boecio era además un gran conocedor de la obra agustiniana y no me resulta totalmente improbable que conociera además el «*Codex Floriae*», o algunos fragmentos del mismo.

97 Conf. X, 35.

98 Floria alude a una expresión, *oleum et operam perdere*, que procede de los escritores y artífices que trabajaban a la luz de una lámpara y que, si no tenían éxito, consideraban perdidos el trabajo y el aceite consumido por la lámpara.

99 Alusión a la frase de Publio Sirio: *Multis minatur, qui uni facit iniuria* (Amenaza a muchos quien comete injusticia con uno sólo).

100 Alusión a la frase de Horacio *Nunc est bibendum* (Ahora es cuando hay que beber).

101 Supongo que Floria juega de nuevo con su propio nombre y con el de Flora, diosa de las flores.

A unos veinte kilómetros de Ostia se encuentran hoy las ruinas de un antiguo convento agustino (San Agustino), construido en la Edad Media a orillas del río Fiora (Floria), justo donde desemboca en el mar. En mi opinión estamos ante otro indicio de que ha existido una tradición «floriana» hasta bien entrada la Edad Media.

102 Floria, al haber leído los cuatro evangelios, quizá tenga en mente la parábola de la higuera. Véanse Mateo 21:18-22 y Lucas 13:6-9.

Sobre la obra

Se sabe, aunque la Iglesia siempre ha pasado de puntillas sobre este hecho, que San Agustín, más tarde Padre de la Iglesia latina, tuvo en su juventud una amante que le dio un hijo al que amó con predilección. *Vita brevis* (1996), la primera novela del autor de *El mundo de Sofía* no dirigida al lector juvenil, es la carta manuscrita que supuestamente Floria, su amante, le escribió al hilo de la lectura de sus *Confesiones*, la obra fundamental del santo obispo de Hipona. En ella, con ironía y sarcasmo, critica a Agustín por haber abandonado el verdadero y auténtico amor humano para entregarse a uno divino, del que poco se sabe.

Vita brevis es una novela diferente, una ardiente defensa del amor sensual y una fervorosa crítica a la represión religiosa de las pasiones y sentimientos humanos; una obra completamente distinta a las anteriores del autor, aunque lleve el inconfundible sello de su siempre alerta curiosidad filosófica.